

Thomas Bernhard

El imitador de voces

Traducción de Miguel Sáenz

EDICIONES
ALFAGUARA
S.A.

624
7
518

TITULO ORIGINAL:
DER STIMMEMIMITATOR



SUHRKAMP VERLAG, FRANKFURT AM MAIN 1978

DE ESTA EDICION:

EDICIONES
ALFAGUARA
S.C.A.

PRINCIPE DE VERGARA, 81
28006 MADRID
TELEFONO 261 97 00
1984

ISBN: 84-204-2501-X
DEPOSITO LEGAL: M. 42.029-1985

PRIMERA EDICION: SEPTIEMBRE 1984
SEGUNDA EDICION: MARZO 1985
TERCERA EDICION: DICIEMBRE 1985

RP-33418

Hamsun

Cerca de Oslo conocimos a un hombre de unos sesenta años, que nos contó más cosas aún sobre aquel asilo de las que sabíamos ya por las notas de Hamsun sobre su último año, porque estuvo empleado en el asilo precisamente en la época en que el más grande escritor noruego vegetaba en él. El hombre nos había llamado ya la atención desde hacía rato, por su silencio, en aquel mesón de las proximidades de Oslo, ruidoso, como es natural, un viernes por la tarde, en el que dormimos varias noches. Tras habernos sentado a su mesa, presentándonos, supimos que aquel hombre había sido en otro tiempo estudiante de Filosofía y, para estudiar, entre otras razones, había pasado cuatro años en Gotinga. Nosotros lo habíamos tomado por un capitán de barco noruego y habíamos ido a su mesa para oír más cosas aún sobre navegación y no sobre Filosofía, de la que, al fin y al cabo, habíamos huido al norte desde la Europa central. El hombre, sin embargo, nos dejó en paz con la Filosofía y nos dijo que, realmente, había renunciado a la Filosofía de la noche a la mañana y, a los veintisiete años, se había dedicado a cuidar ancianos. No lamentaba su decisión. Su primer trabajo había sido ayudar a un viejo a levantarse de la cama y hacerle la cama y volver a acostarlo en la

cama. Aquel viejo era Hamsun. Durante muchos meses, había llevado a Hamsun a diario al jardín que había detrás del asilo y le había comprado en el pueblo los lápices con que Hamsun escribió su último libro. Fue el primero que vio a Hamsun *muerto*. En aquella época, como era natural, no estaba enterado aún de quién era Hamsun, cuyo rostro muerto tapó con el sudario.

El imitador de voces

El imitador de voces, que ayer por la tarde fue huésped de la Asociación de Cirujanos, se mostró dispuesto, después de su representación en el Palais Pallavicini, al que lo había invitado la Asociación de Cirujanos, a ir con nosotros al Kahlenberg, para allí, donde tenemos una casa siempre abierta a todos los artistas, exhibirnos también su arte, naturalmente a cambio de unos honorarios. Rogamos al imitador de voces, que procedía de Oxford, Inglaterra, pero había ido al colegio en Landshut y había sido en otro tiempo armero en Berchtesgaden, que no se repitiera en el Kahlenberg, sino que nos representara algo totalmente distinto de lo de la Asociación de Cirujanos, es decir, que imitase en el Kahlenberg voces totalmente distintas de las del Palais Pallavicini, lo que nos prometió a nosotros, que habíamos estado entusiasmados con el programa que presentó en el Palais Pallavicini. Realmente, el imitador de voces nos imitó en el Kahlenberg voces totalmente distintas, más o menos famosas, de las de la Asociación de Cirujanos. Pudimos formular también deseos, que el imitador de voces satisfizo con la mejor voluntad. Con todo, cuando le propusimos que, para terminar, imitase su propia voz, nos dijo que eso no sabía hacerlo.

Difamación

Dos filósofos, *sobre* los que se han publicado ya más escritos que los suyos propios y que, después de no haberse visto durante decenios, se encontraron de nuevo un día, precisamente en la Casa de Goethe en Weimar, adonde, como es natural, cada uno por su cuenta y desde direcciones opuestas, se habían dirigido con el único fin de conocer mejor las costumbres de Goethe, lo que les había causado a los dos, porque era invierno y, por consiguiente, hacía mucho frío, las mayores dificultades, se aseguraron, en ese encuentro inesperado y realmente para los dos penoso, su mutua estimación y respeto, y se anunciaron también mutuamente, en seguida, que inmediatamente, en cuanto volvieran a casa, se sumergirían en los escritos del colega con la intensidad que esos escritos requerían y se merecían. Sin embargo, cuando uno de ellos dijo que, en el periódico que, en su opinión, era el mejor, hablaría de su encuentro en la Casa de Goethe en Weimar, como era natural en forma de ensayo filosófico, el otro se opuso al instante, calificando de difamación el propósito de su colega.

Fourati

En Montreux, junto al lago Lemán, atrájo nuestra atención una señora sentada en un banco del parque, en la orilla, la cual, de cuando en cuando, recibía y despedía otra vez en ese mismo banco a los más variados visitantes, sin moverse lo más mínimo. En dos ocasiones, un coche se detuvo ante ella en la orilla y un joven uniformado bajó y le trajo periódicos, yéndose luego otra vez con el coche, y pensamos qué debía de ser su chófer privado. La señora se envolvía en varias mantas de lana; calculamos su edad en mucho más de setenta. A veces saludaba con un gesto a alguien que pasaba. Probablemente es una de esas suizas ricas y distinguidas que viven en invierno junto al Lemán, mientras sus negocios prosiguen en todo el resto del mundo, pensamos. La señora era realmente, como nos informaron muy pronto, una de esas suizas riquísimas y distinguidísimas que pasan el invierno junto al Lemán; desde hacía veinte años estaba paralizada de medio cuerpo y, durante esos veinte años, se había hecho conducir casi a diario por su chófer a la orilla del Lemán, haciendo que la dejara siempre en el mismo banco y le trajera periódicos. Montreux le debe, desde hace decenios, el cincuenta por ciento de sus ingresos fiscales. El famoso hipnotizador Fourati la

hipnotizó hace veinte años y no pudo librarla ya de su hipnosis. Con ello, Fourati no sólo destruyó para siempre la vida de esa señora, sino también, como es sabido, la suya propia.

Folleto

Un matrimonio de Salzburgo, que había bajado siempre por separado y disfrutaba ahora de una doble pensión en común, tuvo a finales de invierno la idea de ir a Zell am See, en el Pinzgau y, con ese fin, el matrimonio se procuró un folleto de ese lugar, que es muy elogiado, a fin de hojearlo y, de ese modo, encontrar algún hostel que les pareciera apropiado para su propósito, para dos o tres semanas. Los viajeros esposos descubrieron realmente en el folleto un hostel que les pareció responder a sus ideas y aspiraciones, y emprendieron el viaje a Zell am See. Sin embargo, cuando entraron en el hostel que habían elegido, después de acabado su viaje a Zell am See, al fin y al cabo muy fatigoso, tuvieron que darse cuenta de que lo que les esperaba en el hostel era exactamente lo contrario de aquellas esperanzas suyas. Las habitaciones, por ejemplo, descritas en el folleto como muy alegres, eran sombrías y a los horrorizados esposos les pareció como si en cada una de esas habitaciones hubiera un ataúd cerrado, sobre el suelo, en el que estuviera escrito siempre su propio nombre.

Pisa y Venecia

Los alcaldes de Pisa y Venecia se pusieron de acuerdo para contrariar de súbito a los visitantes de sus ciudades, que durante siglos se han sentido por igual encantados, tanto de Pisa como de Venecia, haciendo trasladar y erigir, en secreto y de la noche a la mañana, la Torre de Pisa en Venecia y el Campanile de Venecia en Pisa. Sin embargo, no pudieron mantener secreto su propósito y, la noche misma en que querían trasportar la Torre de Pisa a Venecia y el Campanile de Venecia a Pisa, fueron internados en un manicomio, como es natural el alcalde de Pisa en el manicomio de Pisa y el alcalde de Venecia en el manicomio de Venecia. Las autoridades italianas supieron llevar el asunto con toda discreción.

Miedo

En junio del año pasado fue juzgado un tirolés, que había sido acusado del asesinato de un colegial de Imst, siendo condenado a cadena perpetua. El tirolés, de profesión tipógrafo y empleado desde hacía treinta años, a satisfacción de los propietarios, en una imprenta de Innsbruck, alegó al respecto que sentía miedo del colegial de Imst, lo que, sin embargo, no le creyeron los jurados, porque el tipógrafo, que realmente era natural de Schwaz y cuyo padre, como presidente de los carniceros del Tirol, había alcanzado en el Tirol el mayor prestigio, tenía una estatura de un metro noventa y, como pudieron comprobar los jurados en la sala del juicio, podía levantar a dos metros de altura, sin fallar jamás, una bola de hierro fundido de quinientos kilos. El tirolés mató al colegial de Imst con lo que se llama una *piqueta de albañil*.

Sólo de ida

Nuestro tío, que tenía en Innsbruck una fábrica de tabaco y en Stams lo que se llama una casa de recreo y al que, por esa razón, llamábamos nuestro tío de Innsbruck, pidió el día de Año Nuevo de mil novecientos sesenta y siete, en la estación central de Innsbruck, un billete de *ida y vuelta a Merano* y, realmente, subió a un tren que se dirigía a Merano, con una cantidad de equipaje desusadamente grande, como nos dijeron algunos testigos. Sin embargo, jamás llegó a Merano y nadie ha sabido nunca nada de él, aunque las investigaciones no se interrumpieron hasta después de dos años de intensas pesquisas. Entretanto se ha cerrado la fábrica de tabaco y vendido la casa de recreo, porque los gastos de esas investigaciones se han tragado todo el, así llamado, *capital líquido* dejado por nuestro tío de Innsbruck. Para la fábrica de tabaco, en la que trabajaban trescientos obreros que, entretanto, ha habido que despedir, no se ha encontrado hasta ahora comprador, porque la demanda de tabaco ha bajado en los últimos años y la fábrica de nuestro tío está realmente anticuada. Se dice, sin embargo, que habrá que venderla cuando los abogados que han intervenido en la búsqueda de nuestro tío reclamen sus honorarios, como es natural elevados. Todas las primaveras pensamos

que, hacia mediados de mayo, íbamos a Innsbruck y, en Innsbruck, dormíamos en casa de nuestro tío, para dirigirnos al día siguiente, muy de mañana, a Stams, con objeto de pasar varios días en su casa de recreo, leyendo y paseando por los bosques de los alrededores. Estamos convencidos de que nuestra salud de años, de la que disfrutamos, debe atribuirse sobre todo al hecho de que, dos veces al año, en la primavera y en el otoño, íbamos a Innsbruck y Stams a casa de nuestro tío. A la desgracia que, indudablemente, le ocurrió a nuestro tío en su viaje a Merano hay que atribuir el que, cuando salimos de viaje, no pidamos ahora jamás un billete de *ida y vuelta*, sino un billete *sólo de ida*.

Necesidad interior

Unos bomberos de Krems comparecieron en juicio, porque retiraron su tensa lona de salvamento y huyeron, en el momento en que un suicida, que desde hacía ya varias horas amenazaba con precipitarse al vacío desde una cornisa del cuarto piso de una casa particular de Krems, saltó realmente. El más joven de los bomberos declaró en el juicio que había actuado movido *por una súbita necesidad interior* y que, al ver que el suicida cumplía su amenaza, huyó sin soltar la lona. Como era el más fuerte de los seis bomberos, arrastró a los otros cinco junto con la lona y, en el momento en que el suicida, un desgraciado estudiante, como dice el periódico, se estrelló contra el suelo bajo la casa a la que durante tiempo se había aferrado, ellos mismos cayeron al suelo, causándose lesiones más o menos dolorosas. El tribunal ante el que compareció el bombero que fue el primero en huir con la lona y que, como queda dicho, al ser el más joven y el más fuerte de ellos era el principal inculpado, no pudo sustraerse a la responsabilidad de ese inculpado principal y, lo mismo que a los otros bomberos de Krems, absolvió al bombero, aunque, como es natural, no podía estar convencido de su inocencia. Los bomberos de Krems tienen desde hace decenios la reputación de ser los mejores bomberos del mundo.

Espeleólogos

Los llamados espeleólogos, que dedican su vida a explorar cuevas y suscitan siempre el mayor interés, sobre todo entre los lectores de revistas ilustradas de las grandes ciudades, han explorado recientemente también la cueva existente entre Taxenbach y Schwarzach, que hasta ahora había estado siempre totalmente inexplorada, como hemos sabido por el periódico. A finales de agosto y en condiciones meteorológicas ideales, según informa el *Salzburger Volksblatt*, los espeleólogos penetraron en la cueva con la firme intención de volver a salir de esa cueva hacia mediados de septiembre. Sin embargo, como los espeleólogos no habían vuelto de la cueva ni siquiera a finales de septiembre, un equipo de salvamento, formado con el nombre de *Equipo de salvamento de espeleólogos*, se dirigió a la cueva para socorrer a los espeleólogos que penetraron originalmente en la cueva a finales de agosto. Pero tampoco ese equipo de salvamento de espeleólogos había vuelto a mediados de octubre de la cueva, lo que indujo al Gobierno del Land de Salzburgo a enviar a la cueva un segundo equipo de salvamento de espeleólogos. Este segundo equipo de salvamento de espeleólogos se componía de los hombres más fuertes y valientes del Land y estaba equipado con los más modernos, así llamados, *aparatos de salvamento espeleológico*. Sin embargo, el

segundo equipo de salvamento de espeleólogos, igual que el primero, penetró, sí, en la cueva, de acuerdo con lo previsto, pero ni siquiera a principios de diciembre había regresado de la cueva. En vista de ello, la oficina responsable de la espeleología del Gobierno del Land de Salzburgo encargó a una empresa constructora de Pongau que tapiase la cueva existente entre Taxenbach y Schwarzach, lo que se hizo ya antes del nuevo año.

En Lima

En Lima detuvieron a un hombre que afirmaba obstinadamente que quería ir a los Andes para buscar a su mujer, la cual, el año anterior, había salido de casa hacia las Tauern y, como declaró el hombre a la policía de Lima, se había extraviado probablemente en las proximidades del Tappenkar, cayendo en alguna grieta rocosa. Sin embargo, como las Tauern y, como es natural, también el Tappenkar, están en los Alpes de Salzburgo, cosa que sabían hasta los policías de Lima, no fue de extrañar que los policías peruanos se preguntaran qué era lo que aquel hombre, al que habían detenido en el centro de Lima porque les había parecido sospechoso, en un estado de total abandono y vestido sólo con unos pantalones rotos y una, así llamada, blusa de aldeano de Carintia, buscaba realmente en el Perú. Resultó que el detenido era realmente un austriaco natural de Ferlach, Carintia, y tenía en ese mismo lugar una armería floreciente. Nuestro periódico no da más detalles.

Por poco

En nuestra última excursión al valle del Möll, en el que, en cualquier época del año, lo hemos pasado siempre bien, conversamos en un hostal de Obervellach, que nos había recomendado un médico de Linz y que no nos decepcionó, con un grupo de picapedreros que, después de la jornada, se habían reunido en el hostal y tocaban la cítara y cantaban, haciéndonos comprobar así, una vez más, los inagotables tesoros de la música popular de Carintia. A una hora avanzada, el grupo de picapedreros se sentó a nuestra mesa, y cada uno de ellos contó algo *notable* o algo *memorable* de su vida. Nos llamó especialmente la atención el picapedrero que contó que, a los siete años, para ganar una apuesta con un compañero de trabajo, trepó a la aguja de la iglesia de Tamsweg, muy alta como es sabido. *Por poco* me maté, dijo el picapedrero, subrayando luego expresamente que, con ello, *por poco* había salido en el periódico.

Escarmiento

El cronista de tribunales es quien está más cerca de la miseria humana y de su absurdo y, como es natural, sólo puede tener esa experiencia por poco tiempo, pero no, desde luego, durante toda la vida, sin volverse loco. Lo verosímil, lo inverosímil, incluso lo increíble, lo más increíble, se le representa cada día ante el tribunal en el que, informando sobre crímenes reales o sólo supuestos pero, como es natural, vergonzosos siempre, se gana el pan y, como es natural, pronto no le sorprende ya absolutamente nada. Con todo, quiero hablar de un solo caso que, lo mismo ahora que entonces, me parece el más notable de mi carrera de cronista de tribunales. El magistrado de audiencia territorial Ferrari, durante años enteros personaje dominante de la Audiencia de Salburgo, en la que, como queda dicho, informé durante muchos años sobre todo lo que allí era posible, después de haber condenado a doce años de prisión y al pago de ocho millones de chelines a un, como dijo en sus palabras finales, vil chantajista, como recuerdo muy bien, un exportador de carne de buey de Murau, se puso otra vez en pie, tras pronunciar la sentencia, y dijo que iba a hacer un escarmiento. Después de ese anuncio insólito, se metió la mano con la velocidad del rayo bajo la toga y en el bolsillo

de la chaqueta, sacó una pistola sin seguro y, para espanto de todos los presentes en la sala, se disparó un tiro en la sien izquierda. Murió en el acto.

Caritativo

Una anciana señora vecina nuestra fue demasado lejos en su caridad. Alojó en su casa a un, como creía ella, *pobre turco* que, al principio, se había sentido efectivamente agradecido por el hecho de no tener que vegetar ya en una choza condenada a ser demolida, sino que, por la caridad de la anciana señora, podía vivir ahora en su casa de la ciudad, situada en medio de un gran jardín. Se había hecho útil a la anciana señora como jardinero y ella, poco a poco, no sólo lo vistió de pies a cabeza, sino que realmente lo mimó. Un día apareció el turco en la comisaría de policía y declaró que había matado a la anciana señora que, por caridad, lo había acogido en su casa. *Estrangulado*, como pudo comprobar la comisión de investigación en la inspección ocular inmediatamente realizada. Cuando la comisión le preguntó al turco por qué había el turco matado y, por consiguiente, estrangulado a la anciana señora, él respondió que *por caridad*.

Un buen consejo

Un excursionista, que se nos unió en el viaje al llamado Mundo de los Gigantes de Hielo, junto a Werfen, porque probablemente pensó que éramos más divertidos que los demás que iban en nuestro tren en dirección al valle, nos contó que se sentía profundamente desgraciado por el hecho de que a uno de sus compañeros, empleado de banca como él, que le preguntó dónde podría pasar sus vacaciones para descansar, le aconsejó un crucero por el Adriático y el Mediterráneo, que a él mismo le había sentado una vez muy bien. Precisamente el barco en el que su compañero se dirigía a Dubrovnik, a Corfú y a Alejandría, se hundió, por razones hasta entonces no aclaradas, según él, en las proximidades de Creta y, como todos los demás que hacían ese desgraciado crucero, como lo calificó el excursionista, también su compañero se ahogó. Probablemente se sumergió con el barco, que se hundió rápidamente. El hundimiento del barco y la muerte, ahogado, de ese compañero suyo lo habían afectado tanto que, desde hacía años, no encontraba reposo. Nos preguntó qué podía hacer para librarse de sus remordimientos, pero no nos atrevimos a darle ningún consejo.

Prejuicio

Cerca de Grossgmain, adonde íbamos con mucha frecuencia los fines de semana con nuestros padres en lo que se llama un landó, que databa del siglo pasado y había sido construido en un taller de Elixhausen famoso en la construcción de landós, vimos de pronto en medio del bosque a un hombre de unos cuarenta a cuarenta y cinco años, que intentó detenernos a nosotros, que subíamos bastante aprisa la pendiente para llegar a tiempo a casa de nuestro tío, gravemente enfermo, que habitaba en un pabellón de caza que nuestro abuelo compró, a principios de siglo, a un príncipe de Liechtenstein y arregló para sus, como decía él siempre, *fines filosóficos*, poniéndose delante de nosotros en mitad del camino, y que tuvo incluso la audacia de coger a los caballos de los arreos a fin de obligar a nuestro landó a detenerse, lo que, naturalmente, no consiguió. Realmente, aquel hombre sólo pudo saltar a un lado en el último momento y ponerse a salvo dando varias volteretas, como, en la oscuridad que precisamente irrumpía, pude distinguir sólo imprecisamente. El hecho fue que creímos haber tropezado con alguno de esos sujetos que, precisamente aquí, en la frontera bavaroaustríaca, hacen de las suyas y que se han evadido de algunos de nuestros muchos establecimientos

penitenciarios, como se dice en el lenguaje forense, lo que fue también la razón de que no nos detuviéramos. Realmente, hubiéramos llegado hasta el extremo de atropellar a aquel extraño tan súbitamente surgido ante nosotros, para no ser víctimas de un crimen, como pensábamos. Al día siguiente, un leñador que trabajaba para mi tío nos comunicó que, en el bosque que habíamos atravesado la víspera en el landó, habían encontrado a un hombre muerto de frío y gravemente herido que, como pronto se supo, era el mejor trabajador y el hombre más fiel que mi tío había tenido jamás. Como es natural, no dijimos nada de nuestra aventura de la víspera y compadecimos a la viuda del que, de forma tan trágica, había pere-

Sospecha

Un francés fue detenido en el tristemente célebre Kitzbühel, sólo porque una camarera del Hotel del Aguila de Dos Cabezas lo acusó de que, hacia medianoche, cuando, atendiendo a su deseo, le fue a llevar a la habitación un coñac triple, intentó abusar de ella, lo que el francés, como dicen los periódicos, negó absolutamente en la gendarmería, calificándolo de *infamia alpestre, vil y abyecta*. El francés era profesor de Filología germánica en la famosa Sorbona de París y había querido descansar, en el Hotel del Aguila de Dos Cabezas de Kitzbühel, de las fatigas de una traducción del *Así habló Zaratustra* de Nietzsche, que le había costado más de dos años. Sin embargo, el brusco cambio del clima de París al de Kitzbühel, como es natural, no le había sentado bien, y la consecuencia de su precipitado viaje de Francia al Tirol había sido una gripe maligna, que lo atacó en cuanto llegó a Kitzbühel y lo tuvo en cama varios días. Como se dio por probado que el profesor francés no estaba en modo alguno en condiciones de seducir a la camarera, por no hablar de violentarla realmente, al cabo de sólo unas horas fue puesto ya en libertad y volvió al Aguila de Dos Cabezas. La camarera fue expulsada del Aguila de Dos Cabezas y, cuando descubrió su foto en el

periódico con el subtítulo *Una hija infame de Kitz-bühel*, se tiró inmediatamente al Inn. Hasta hoy no se ha encontrado el cadáver.

El pensador, del que se afirma que piensa día y noche y hasta en sueños, fue un día a Vöcklabruck y, después de haber preguntado en la Plaza Mayor por algún excelente hostel, llegó al Urogallo, famoso en todas partes, en el que la cocina, según se dice, es la más fiable de toda Austria. Tampoco el pensador se sintió decepcionado del Urogallo, al contrario, la comida y la bebida eran mucho mejores aún de lo que había esperado y no pudo menos de invitar al hostelero, con el único fin de elogiarlo. Después de haber alabado el pensador al hostelero en términos tan elogiosos como no había utilizado con nadie en su vida, se le ocurrió de pronto la idea de si no sería mejor vegetar en lo sucesivo no como pensador, sino como hostelero, y le propuso bruscamente al hostelero del Urogallo si quería cambiar con él. No había terminado el pensador de formular su propuesta cuando el hostelero del Urogallo prestó, efectivamente, su consentimiento. El hostelero del Urogallo, como si fuera el pensador, se fue al ancho mundo y el pensador se quedó en el Urogallo, como si fuera el hostelero. Como es natural, ni el hostelero ni el pensador funcionaron a partir de ese momento.

Tren de la mañana

Sentados en el tren de la mañana, miramos por la ventanilla precisamente cuando pasamos por el barranco al que, hace quince años, cayó el grupo de colegiales con el que íbamos de excursión a la cascada, y pensamos en que nosotros nos salvamos pero los otros, sin embargo, están muertos para siempre. La profesora que llevaba a nuestro grupo a la cascada se ahorcó inmediatamente después de la sentencia de la Audiencia de Salzburgo, que fue de ocho años de prisión. Cuando el tren pasa por ese sitio, oímos, con los gritos del grupo, nuestros propios gritos.

Hermosa vista

En el Grossglockner, después de una ascensión de varias horas, dos profesores de la Universidad de Gotinga, unidos por una buena amistad, que se alojaban en Heiligenblut, llegaron al lugar del telescopio situado sobre el glaciar. A pesar de ser escépticos como eran, como es natural, no se pudieron sustraer a la, como se dijeron una y otra vez apenas llegaron a donde estaba el telescopio, belleza única de la alta montaña y, una y otra vez, cada uno invitó al otro a mirar primero por el telescopio para, de ese modo, evitarse el reproche del otro de haberse abanzado sobre el telescopio. Finalmente, los dos pudieron ponerse de acuerdo, y el de más edad y más culto y, como es natural, más complaciente también, miró primero por el telescopio y se sintió subyugado por lo que veía. Con todo, cuando le tocó el turno del telescopio a su compañero, éste, apenas miró por el telescopio, lanzó un grito estridente y cayó muerto al suelo. El amigo superviviente del que murió de esa forma extraña se pregunta hoy todavía, como es natural, *qué fue realmente* lo que vio su compañero por el telescopio, porque *lo mismo*, desde luego, no fue.

A la inversa

Aunque siempre he odiado los jardines zoológicos y me han parecido realmente sospechosas las personas que visitan esos jardines zoológicos, no pude evitar ir una vez a Schönbrunn ni, por deseo de mi acompañante, un profesor de Teología, detenerme ante la jaula de los monos, a fin de observar a esos monos, a los que mi acompañante dio de comer comida que guardaba con tal fin. El profesor de Teología, un antiguo compañero de estudios que me había invitado a ir con él a Schönbrunn, había dado al cabo de un rato a los monos toda la comida que llevaba cuando, de pronto, los monos, por su parte, se pusieron a recoger la comida esparcida por el suelo y a dárnosla a través de la reja. El profesor de Teología y yo nos asustamos tanto del repentino comportamiento de los monos que, al instante, dimos la vuelta y abandonamos Schönbrunn por la salida más próxima.

Hotel Waldhaus

No tuvimos suerte con el tiempo y nos tocaron en la mesa también comensales desagradables en todos los sentidos. Hasta nos quitaron el gusto por Nietzsche. Incluso cuando se mataron en un accidente de coche y estaban de cuerpo presente en la iglesia de Sils, seguíamos detestándolos.

Haumer el leñador

En la vecindad inmediata de Aurach, después de subir al Hongar y volver luego al valle, caminando cinco horas por su cima hacia los Montes del Infierno, visitamos a Haumer, el leñador, del que hacía tiempo nada sabíamos. Haumer no nos abrió la puerta ni siquiera después de llamar repetidas veces, aunque estábamos seguros al suponer que estaba en casa. Cuando nos íbamos ya de la casa, tuvimos de pronto la impresión de que *ahora* nos había oído e iba a abrirnos, y volvimos a la casa. Realmente nos abrió Haumer, al que conocemos mejor que a nadie desde nuestra más temprana infancia, y nos hizo entrar y nos rogó que nos sentáramos en el llamado salón de abajo. Hasta que no llevábamos un rato en los bancos del salón de abajo no nos dimos cuenta de que Haumer no nos había dicho nada todavía. Estuvimos más de una hora en su casa y luego nos despedimos, sin que pronunciara una sola palabra. Sólo al día siguiente, cuando hablé de ese encuentro con mi primo, supe que, desde hacía ya más de cuatro años, Haumer había perdido el oído y la voz, como consecuencia de la explosión de un petardo que él mismo había encendido el día de la boda de su hija, que se casó con un oficial de carnicero de Nussdorf. Al mismo tiempo me di cuenta de que hacía más de cuatro años que no visitaba a Haumer, precisamente el hombre, pensé, al que tanto debía.

En serio

Un actor cómico, que durante decenios vivió sólo de ser cómico y que había llenado siempre, hasta la última butaca, todas las salas en que había actuado, fue de pronto, para un grupo de excursionistas bávaros que lo descubrieron en el saliente que domina el llamado Abrevadero de Salzburgo, la sensación largo tiempo esperada. El actor cómico aseguró ante el grupo de excursionistas que, tal como estaba, con pantalones de cuero y un sombrero tirolés en la cabeza, se precipitaría al vacío, lo que hizo que el grupo de excursionistas, como de costumbre, se riera a carcajadas. El actor cómico, sin embargo, dijo al parecer que hablaba en serio, y real e instantáneamente se precipitó en el vacío.

Harto

Un padre de familia, que fue conocido y querido durante decenios por su, así llamado, *extraordinario sentido familiar* y que un sábado por la tarde, aunque verdad es que con un tiempo francamente sofocante, mató a cuatro de sus seis hijos, se culpó ante el tribunal diciendo que, de pronto, se había sentido *harto* de sus hijos.

Receta médica

En Linz murieron la semana pasada ciento ochenta personas, que tuvieron la gripe que hace estragos precisamente ahora en Linz, pero no de esa gripe, sino por una receta médica mal entendida por un farmacéutico recién empleado. El farmacéutico tendrá que responder probablemente ante los tribunales de homicidio por imprudencia, posiblemente, como dice el periódico, *antes de Navidades*.

Ingleses decepcionados

Varios ingleses, que se dejaron engañar por un guía del Tirol oriental y subieron con él a las Tres Cúspides, se sintieron tan decepcionados, cuando llegaron a la más alta de las tres cumbres, por lo que la Naturaleza les ofrecía en esa cumbre, que, sin más, mataron a golpes al guía, un padre de familia con tres hijos y una mujer, según se dice, sorda. Sin embargo, cuando se dieron cuenta de lo que realmente habían hecho, se precipitaron uno tras otro en el vacío. Un periódico de Birmingham escribió al respecto que Birmingham había perdido a su más destacado editor de periódicos, su más extraordinario director de banco y su más capacitado empresario de pompas fúnebres.

El concierto de más éxito

Una, así llamada, *Asociación de música de cámara*, conocida por tocar sólo música antigua en instrumentos antiguos originales, y que sólo incluye en su programa a Rossini, Frescobaldi, Vivaldi y Pergolesi, tocó en un viejo castillo del Attersee y tuvo el mayor éxito de su vida. Los aplausos no terminaron hasta que a la Asociación de música de cámara no le quedó una sola propina en el programa. Sólo al día siguiente supieron los músicos que habían tocado en un establecimiento para sordomudos.

Fines científicos

Un peluquero que se volvió loco de pronto y, en su salón de Londres, le cortó la cabeza con una navaja a un duque, al parecer perteneciente a la familia real, y que está ahora en el manicomio de Reading, que fue en otro tiempo la famosa cárcel de Reading, se ha manifestado dispuesto, al parecer, a legar su cabeza para fines científicos que, en su opinión, serán premiados en ocho o diez años al menos, por la Academia de Estocolmo, con el premio Nobel.

Inteligente e imbécil

El filósofo francés mundialmente famoso, calificado durante decenios del primero de su tiempo, a su vuelta de Moscú, adonde lo había invitado la Academia de Ciencias, vino a Viena, para pronunciar en la Academia de Ciencias de Viena la misma conferencia que había pronunciado ya en Moscú. Después de la conferencia fue invitado por dos profesores y miembros de la Academia de Ciencias de Viena que, como yo, habían escuchado la conferencia del filósofo francés. Uno de ellos calificó la conferencia y, por consiguiente, también al filósofo francés, de inteligente, y el otro de imbécil y, real y convincentemente, los dos pudieron probar su aserto.

Carácter

Habíamos invitado a cenar a un, así llamado en Viena, *sabio*, que debía darnos a conocer las corrientes actuales del mundo intelectual y artístico, por las que siempre hemos sentido el mayor interés. Sin embargo, en lugar de satisfacer nuestro deseo de saber más de filosofía y literatura y arte, el sabio, un profesor renombrado de la Universidad de Viena, aprovechó nuestra invitación sólo para exponernos su opinión sobre el desagradable carácter de uno de sus colegas que, hacía poco tiempo, había publicado un libro sobre el tema que era el verdadero tema de la vida de nuestro visitante. Un día más tarde estaba nuestro huésped en casa de uno de nuestros amigos, que es amigo del profesor al que nuestro huésped, el día anterior, había denigrado ante nosotros de la forma más grosera, y puso a su rival por las nubes, sobre todos los demás, no sólo en lo que se refiere a su carácter sino también a su ciencia.

El error de Moospruger

El profesor Moospruger dijo que fue a esperar a la Estación del Oeste a un colega, al que sólo conocía por correspondencia, pero no personalmente. Dijo que, realmente, esperaba a otra persona distinta de la que realmente llegó a la Estación del Oeste. Cuando le hice observar a Moospruger que siempre llega una persona distinta de la que esperamos, se puso en pie y se fue, con el único objeto de romper todos los contactos que había hecho en su vida y deshacerse de ellos.

Años aún después de haber muerto nuestra madre, el correo nos traía cartas dirigidas a ella. El correo no se había enterado de su muerte.

Tesis

Un hombre de Ausburgo fue internado en el manicomio de Ausburgo sólo porque, durante toda su vida, afirmó en cualquier ocasión que lo último que dijo Goethe fue *mehr nicht!* (¡más no!) y no *mehr Licht!* (¡más luz!), lo que, con el tiempo y a la larga, acabó por atacar los nervios de tal modo a todas las personas que tenían relación con él, que se pusieron de acuerdo para conseguir el internamiento en el manicomio de aquel ausburgués obsesionado de forma tan desgraciada por su tesis. Seis médicos se negaron a internar en el manicomio al desgraciado, pero el séptimo dispuso su ingreso inmediato. Este médico, como he sabido por el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, ha sido galardonado por ello con la medalla de Goethe de la ciudad de Frankfurt.

Comedia

Cuatro actores de teatro de un teatro tuvieron la idea de escribir ellos mismos una comedia, después de haberles resultado cada vez más antipático y aburrido lo que les entregaban los autores de comedias, y los cuatro se sentaron al momento y, como es natural, escribieron sólo sobre sí mismos, aunque habían tenido la intención de que *cada uno escribiera su papel* en esa comedia, que finalmente, después de un estudio a fondo y realmente de semanas, sólo pudieron titular *El autor* y estrenaron efectivamente en su teatro doce semanas después de haber tenido su idea. Pero, según se informa, tampoco con *ese Autor* tuvieron éxito.

Un comerciante de Coblenza realizó el pasado año el sueño de su vida de visitar las pirámides de Gizeh y, después de haber visitado esas pirámides, tuvo que calificar esa visita de la mayor decepción de su vida, lo que comprendo porque también yo estuve el pasado año en Egipto y me sentí decepcionado, sobre todo, por las pirámides. Sin embargo, mientras que yo superé muy rápidamente mi decepción, el comerciante de Coblenza se vengó de su decepción haciendo publicar anuncios durante meses enteros y de páginas enteras en todos los periódicos importantes de Alemania, de Suiza y de Austria, en los que advertía a todos los futuros visitantes de Egipto en contra de las pirámides, sobre todo de la famosa pirámide de Keops, que lo había decepcionado profundamente, más aún que las otras. En esos anuncios que él mismo llamaba antiegiptios y anti-piramidales, el comerciante de Coblenza se gastó en plazo brevísimo su fortuna, precipitándose en un infortunio total. Como es natural, sus anuncios no tuvieron en los viajeros a Egipto el efecto que esperaba, al contrario, la cifra de los que en este año han visitado Egipto se ha duplicado con respecto a la del año anterior.

Enigrado

Emigrado hace once años a Australia y vuelto otra vez hace dos años a su Estiria natal, mi antiguo compañero de colegio emigró otra vez hace seis meses a Australia y volverá otra vez a la Estiria y emigrará una y otra vez a Australia y volverá otra vez a la Estiria hasta que, en Australia o en la Estiria, encuentre reposo. Ya su padre, un oficial de panadero del valle del Möll, que fue al colegio con mi padre, emigró durante su vida veinte veces por lo menos de Carintia a la Estiria y volvió, una y otra vez, de la Estiria a Carintia, hasta que por fin encontró reposo en Carintia, en Andorf, junto a Sankt Veit an der Glan, donde en la vieja fragua, que fue su última residencia, se ahorcó de un gancho de hierro, por nostalgia de la Estiria, sin pensar en su mujer y en sus hijos, como se le reprochó entonces y todavía mucho tiempo después de su muerte.

Los pies en el suelo

Un ebanista calificado, de Maria Saal (popular lugar de peregrinaje de Carintia), que llegó a la literatura por su trato con un compositor originalmente dotado, al que nosotros mismos calificamos durante muchos años de genio sin igual, y que escribió poemas y pequeñas comedias que, sin embargo, según los que tuvieron en sus manos sus poemas y pequeñas comedias, eran realmente por una parte *ilegibles* y por otra *irrepresentables*, por la sencilla razón de que nadie los entendía, desesperado al verse desconocido, fue el día de su vigésimo primer cumpleaños al Längsee y se ahogó. El periódico que, después de encontrado su cadáver, publicó una breve noticia sobre el desconocido, subrayó más que nada que no había tenido *los pies en el suelo*.

Rendición

Un tal, así llamado, Ofner, trabajador municipal, anunciador de fallecimientos, para salvar la vida de su mujer, enferma del pecho, como le dijo nuestro médico, compró con ella una pequeña parcela del bosque en nuestra vecindad, a una altura sin nieblas y con aire puro, y los dos, trabajando durante años, y como es natural también con el apoyo del municipio y de sus vecinos inmediatos, se construyeron en la parcela una casita. Sin embargo, cuando la casa estuvo terminada, el tal Ofner enfermó, por que la construcción de la casa había sido superior a sus fuerzas, muriendo al poco tiempo. Su viuda, para la que al fin y al cabo había estado destinada la casa del lindero del bosque y que realmente e incluso después de la muerte de su marido, se había repuesto visiblemente y no sólo de los pulmones, tuvo que procurarse un perro porque, como es natural, tenía miedo ahora sola. El perro ahuyentaba con sus ladridos a todo el que se acercaba a la casa de la mujer, aunque sólo fuera a doscientos pasos, y con el tiempo nadie se atrevió ya a acercarse a la casa. Durante años aguantó la mujer de ese modo, sola con su perro y sin ningún ser humano, y de pronto, de la noche a la mañana, no pudo aguantar más esa situación y fue y mató al perro, que durante tantos

años la había servido tan fielmente, con uno de esos ganchos de palanca con los que los leñadores mueven los troncos, rindiéndose a los hombres.

En la Catedral junto a Guzmán se encontraba un hombre de la edad de los leñadores, con uno de esos ganchos de palanca con los que los leñadores mueven los troncos, rindiéndose a los hombres.

De Orio

En el Grasberg, junto a Gmunden, se encontró a un hombre de setenta y cinco años con pasaporte italiano, que afirmó proceder de la localidad de Reindlmühle, situada al pie mismo del Grasberg, lo que, como es natural, no le creyeron los gendarmes que, como estaba totalmente helado, lo reanimaron ante todo en el mesón de Schachinger, en Reindlmühle. El hombre, que en su pasaporte llevaba el nombre de De Orio, se llamaba en realidad, según declaró, Pfuster, y hacia el año siete, es decir, cuando no tenía aún ocho años, se marchó con un circo ambulante, que había montado en Reindlmühle su carpa, primero a Bohemia y de allí, por Polonia y Rumania, hasta Italia, quedándose finalmente con el circo. Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, exactamente en el año treinta y siete, volvió con su circo, cuando tenía ya más de treinta años, otra vez a la Alta Austria y a la región del Traunsee y, realmente, su circo montó otra vez en Reindlmühle su carpa. Sin embargo, él no se dio a conocer ni tuvo el menor deseo de quedarse en Reindlmühle, y volvió a marcharse con el circo, esta vez a Hungría y Macedonia. Sólo ahora, por decirlo así cuando estaba al final, había hecho frente a las fatigas y había vuelto a Reindlmühle. Los gendarmes, en poco tiempo, com-

probaron ya que las declaraciones del hombre, que era realmente de Reindlmühle aunque oficialmente italiano, eran exactas. Se supo además que, durante mucho tiempo, se había creído que el pequeño Pfus-ter había caído al impetuoso Aurach, siendo arras-
trado.

Fotógrafo

En Ebensee se estableció hace años un fotógrafo del que se afirmó desde el primer día que, por haber abusado de un niño de trece años de Ischl, había pasado varios años en la cárcel. Sin embargo, abso- lutamente nadie se hizo fotografiar por ese fotógrafo, que precisamente en Ebensee, donde se celebran tan- tas bodas durante todo el año, había esperado hacer un buen negocio y, naturalmente, obtener al menos buenos ingresos, y tuvo que cerrar su establecimiento y marcharse de nuevo. No había nada de cierto en ese rumor, que fue difundido originalmente por Strössner, el fotógrafo de Traunkirchen. Strössner ha comunicado ahora que su colega se ha suicidado, pero que no se sabe de qué manera.

Schluemberger

En Alsacia supimos que un hombre de Sélestat fue llevado en Colmar al asilo, porque su familia afirmaba que tenía ya ochenta años, lo que se deducía también de sus papeles; él, sin embargo, afirmaba ininterrumpidamente que sólo tenía sesenta años, lo que ellos estaban hartos de oír y les había dado la idea de conseguir su traslado al asilo de Colmar. Realmente, el hombre hacía día y noche esa afirmación y, también en otros aspectos, lograba que la vida de su familia fuera *un horror*. Además, desde hacía años no se lavaba y andaba siempre descalzo, y de vez en cuando se exhibía en plena calle totalmente desnudo, cosas todas que hubieran bastado para internarlo en un manicomio, lo que, sin embargo, ellos no querían hacer. Por eso tuvieron la idea de enviarlo a Colmar. Llegado a Colmar con penas y trabajos, se escapó de las religiosas que lo llevaban al asilo, y no lo atraparon hasta horas más tarde. Sin embargo, las religiosas pudieron convencerlo para que entrase en el asilo sin resistencia. Durante la noche, el hombre, cuyo nombre, según se dice, era Schluemberger, prendió fuego al asilo de Colmar y sus cuatrocientos setenta y ocho asilados ardieron. Incluido él.

Descubrimiento

Al pie del Ortler, un industrial de Turín hizo construir para su hijo de veintidós años, por un arquitecto famoso en el mundo entero, un hotel, que a su terminación fue calificado del más moderno y el más caro, no sólo de toda Italia, y que tenía doce pisos y, realmente, estuvo acabado ya después de año y medio de construcción. Antes de comenzar las obras hubo que hacer una carretera, de diecinueve kilómetros de longitud, en aquel paisaje hasta entonces inaccesible, uno de los más intactos de los Alpes en general, que le llamó la atención por primera vez al industrial de Turín en una excursión a la montaña con un amigo inglés y le pareció inmediatamente apropiado para construir un hotel así. Unos mil obreros encontraron trabajo en esas obras. La víspera de la inauguración del hotel, el hijo del ambicioso turinés tuvo súbitamente un accidente mortal en el circuito automovilístico de Monza. Después de ello, la fiesta de inauguración no se celebró ya. El infortunado padre decidió, el mismo día del entierro de su hijo, no poner jamás los pies en el hotel recién terminado y, a partir de ese día, dejar que se hundiera por completo. Indemnizó y despidió a todas las personas necesarias y ya contratadas para la explotación del hotel, y bloqueó la carretera de acceso, prohibiendo la en-

trada a todo el valle en cuyo fondo se encuentra el hotel. En una excursión al macizo del Ortler, desde Gomagoi, nos tropezamos de pronto con ese hotel que, en ese tiempo, tres años después de su terminación, hacía ya una impresión espantosa. La interperie de años había destrozado hacia tiempo las ventanas, arrancando grandes partes del tejado, y en la cocina, todavía totalmente equipada, crecían ya grandes árboles, probablemente pinos.

Mimosas

Una amiga de nuestra madre, camino de Herceg Novi, desde donde quería retirarse varias semanas a Montenegro, hizo alto en Cavtat y fue allí al cementerio, famoso por su situación única frente a Dubrovnik y por el mausoleo de Ivan Mestrovic. En frente del mausoleo descubrió de pronto, según nos dijo, en una lápida de mármol, el nombre de su amado Tino Pattiera, que en otro tiempo fue uno de los cantantes más celebrados de la Ópera de Viena, y en ese momento recordó que su cantante favorito era de Cavtat, en otro tiempo llamada Ragusavecchia. No sabía que Pattiera, el cantante, hubiera muerto ya. Apesadumbrada, bajó a Cavtat, que es también famosa por el esplendor de sus mimosas, y volvió al cementerio con un ramo de mimosas, para depositarlo sobre la tumba de Pattiera. Como es natural, su viaje a Montenegro se vio luego ensombrecido por su experiencia en Cavtat y fue un viaje también, por lo demás, muy melancólico. Su estupefacción debió de ser máxima cuando, de vuelta a Viena, leyó el anuncio de que Pattiera, el cantante, cantaba uno de los días siguientes *Tosca*, que era la ópera favorita de ella. Realmente, Pattiera, como habían anunciado, cantó esa *Tosca*, y la amiga de nuestra madre pudo convencerse por sus propios oídos de la radiante voz,

lo mismo entonces que antes, de aquel cantante, en una Opera totalmente llena; no podía saber que Patricia, el cantante, se compró todavía en vida una tumba en Cavtat, su lugar natal, e hizo grabar su nombre en aquella losa de mármol que indujo a error a la amiga de nuestra madre, la cual fue, durante toda su vida, gran entusiasta de la ópera.

Bailarín famoso

En Maloggia conocimos a un bailarín de la Opera de París, en otro tiempo famoso, que una noche entró en nuestro hotel en su silla de ruedas, conducido por un joven italiano que el bailarín había contratado por muchos años. Como supimos por el bailarín, se había derrumbado en medio de la *première* del *Rafael* de Händel, coreografiado por Béjart sólo para él y, desde entonces, había estado inválido. De repente, dijo el bailarín, perdió el conocimiento y no lo recuperó hasta dos días más tarde. Posiblemente, según el bailarín, que se envolvía en una piel de nutria muy cara, había que atribuir su desgracia a que, por primera vez en su carrera, pensó durante el baile en la complejidad de una combinación de pasos, cosa que había temido durante los quince años de su carrera, que le había llevado por todas las grandes óperas del mundo. Un bailarín, decía, mientras bailaba, no debía pensar jamás en su baile; sólo debía bailar y nada más.

Remordimiento

Hace veinte años conocí en Varsovia en un club de actores, donde se podía conversar óptimamente y comer también óptimamente, a la mujer de un, así llamado, pintor surrealista muy conocido en Polonia, la cual, entre otras cosas, ha traducido la *Montaña Mágica* de Thomas Mann al polaco y es una de las damas más cultas de Polonia. Sólo al final de nuestra conversación aludí a su espantosa situación, a saber, que su marido estaba agonizando en una clínica de Varsovia y ella, esa noche, había salido y estaba acompañada por primera vez desde hacía un año. Tuve aún el placer de estar con ella y de conversar con ella varias veces sobre literatura y arte polacos y alemanes. Por supuesto hablé con ella también de política, expresando una y otra vez mi admiración por los polacos. Cuando, diez años después, estuve otra vez en Varsovia, la visité en seguida, como es natural. Sin embargo, en la puerta misma me recibió con la noticia de que su marido estaba agonizando, lo que hizo que yo creyera que estaba loca. Realmente, sin embargo, se había casado otra vez hacía casi diez años, después de haber muerto su primer marido, y ahora su segundo marido estaba en la misma clínica que el primero y, de hecho, por la misma enfermedad, lo que ella no me dijo en

Remordimiento

Hace veinte años conocí en Varsovia en un club de actores, donde se podía conversar óptimamente y comer también óptimamente, a la mujer de un, así llamado, pintor surrealista muy conocido en Polonia, la cual, entre otras cosas, ha traducido la *Montaña Mágica* de Thomas Mann al polaco y es una de las damas más cultas de Polonia. Sólo al final de nuestra conversación aludí a su espantosa situación, a saber, que su marido estaba agonizando en una clínica de Varsovia y ella, esa noche, había salido y estaba acompañada por primera vez desde hacía un año. Tuve aún el placer de estar con ella y de conversar con ella varias veces sobre literatura y arte polacos y alemanes. Por supuesto hablé con ella también de política, expresando una y otra vez mi admiración por los polacos. Cuando, diez años después, estuve otra vez en Varsovia, la visité en seguida, como es natural. Sin embargo, en la puerta misma me recibió con la noticia de que su marido estaba agonizando, lo que hizo que yo creyera que estaba loca. Realmente, sin embargo, se había casado otra vez hacía casi diez años, después de haber muerto su primer marido, y ahora su segundo marido estaba en la misma clínica que el primero y, de hecho, por la misma enfermedad, lo que ella no me dijo en

seguida. Como es natural, la invité inmediatamente al club de los actores, y otra vez me dijo que desde hacía un año no estaba acompañada y que, naturalmente, no había ido al club. Cuando ahora, diez años más tarde, he vuelto a Varsovia, no la he visitado ya, aunque durante toda mi estancia la he echado de menos ininterrumpidamente y, como es natural, he sentido remordimientos.

Remordimiento

Hace veinte años conocí en Varsovia en un club de actores, donde se podía conversar óptimamente y comer también óptimamente, a la mujer de un, así llamado, pintor surrealista muy conocido en Polonia, la cual, entre otras cosas, ha traducido la *Montaña Mágica* de Thomas Mann al polaco y es una de las damas más cultas de Polonia. Sólo al final de nuestra conversación aludí a su espantosa situación, a saber, que su marido estaba agonizando en una clínica de Varsovia y ella, esa noche, había salido y estaba acompañada por primera vez desde hacía un año. Tuve aún el placer de estar con ella y de conversar con ella varias veces sobre literatura y arte polacos y alemanes. Por supuesto hablé con ella también de política, expresando una y otra vez mi admiración por los polacos. Cuando, diez años después, estuve otra vez en Varsovia, la visité en seguida, como es natural. Sin embargo, en la puerta misma me recibió con la noticia de que su marido estaba agonizando, lo que hizo que yo creyera que estaba loca. Realmente, sin embargo, se había casado otra vez hacía casi diez años, después de haber muerto su primer marido, y ahora su segundo marido estaba en la misma clínica que el primero y, de hecho, por la misma enfermedad, lo que ella no me dijo en

seguida. Como es natural, la invité inmediatamente al club de los actores, y otra vez me dijo que desde hacía un año no estaba acompañada y que, naturalmente, no había ido al club. Cuando ahora, diez años más tarde, he vuelto a Varsovia, no la he visitado ya, aunque durante toda mi estancia la he echado de menos ininterrumpidamente y, como es natural, he sentido remordimientos.

Olvido

En el Hotel Saski de Varsovia, en el que he vivido varias veces, se alojan siempre los extranjeros más interesantes y, por esa razón, siempre he ido al Hotel Saski y no al *Bristol* o al *Europejski*, que me han decepcionado siempre. Una noche, hacia las doce ya, cuando estaba totalmente solo en el salón de abajo, se sentó un señor a mi mesa y me contó lo siguiente: hacía unas dos horas había salido del hotel, para tomar un autobús hasta Wilanow, en donde estaba citado con un hombre de negocios en las proximidades del palacio real; odiaba los taxis, y por esa razón y no porque fuera más barato, viajaba siempre en autobús. Los autobuses polacos, me dijo en seguida con tal motivo, eran los más agradables del mundo entero, y cualquiera que fuera el número de personas que se apretujaran en ellos, la atmósfera era siempre en ellos de lo más puro. En general, amaba a Polonia más que a cualquier otro país, lo que comprendo, porque tampoco para mí hay otro país más querido en Europa. El era natural de Silesia, pero tenía pasaporte canadiense y, probablemente, tenía siempre la costumbre de expresarse alternativamente en alemán y en inglés, forma de hablar que siempre he encontrado atractiva y estimulante. Sin embargo, cuando el extranjero salió del Hotel Saski

esa noche, como era ya su costumbre, y fue a la parada del autobús, no supo de pronto *qué* era lo que hacía en la calle, y entonces volvió al Hotel Saski. Sin embargo, como tampoco recordaba en absoluto *por qué* había salido del hotel y había ido a la parada, no pudo tranquilizarse en el hotel, y salió otra vez del Hotel Saski y anduvo luego dos horas habiendo torno al Hotel Saski. Hacía unos diez minutos había recordado otra vez de pronto que quería ir a Wilanow, para reunirse con el hombre de negocios ya mencionado. Ahora, sin embargo, era demasiado tarde para ir a Wilanow y había decidido volver al hotel, sentarse en el vestíbulo y tomarse un *whisky*. Todavía estaba muy excitado por el incidente, me dijo, y encargó dos *whiskies*, uno para él y otro para mí.

Picadilly Circus

Un compañero de mi primo, que recientemente estuvo en Londres, le contó que, durante su estancia en Londres, entre diez y once de la noche, en Picadilly Circus, se le ocurrió la idea de tomar un metro, el que fuera, e ir hasta el final de la línea, cosa que había hecho ya muchas veces, porque, hasta donde podía recordar, nada le había entusiasmado tanto en su vida como el metro de Londres, que no podía compararse con ningún otro metro del mundo, y desde luego no con el metro de París que, cuando por primera vez montó en él, lo decepcionó tanto que decidió no volver a poner los pies en la ciudad de París. Apenas estaba ese compañero en Londres, tomaba cualquier metro y viajaba en él tanto como podía y, realmente, había recorrido todas las líneas del metro de Londres tantas veces que no podía contarlas. Realmente, en el día de que se trata había viajado ya varias veces en metro, pero ni siquiera después de las diez de la noche había tenido bastante. Sin embargo, entonces, según le dijo el entusiasta del metro a mi primo, cuando llegó el metro que esperaba y se abrieron las puertas automáticas, cayeron fuera los viajeros apretados contra las puertas, totalmente rígidos y muertos, y los otros permanecieron en el metro de pie o sentados, igualmente rígi-

dos y muertos. Asustado, él, que era el único que esperaba en el andén, subió corriendo otra vez a Picadilly Circus. Sin embargo, cuando les contó arriba a los empleados del metro lo que había visto, ellos se limitaron a sacudir la cabeza. Entonces fue hasta el Knightsbridge, para tranquilizarse. Desde entonces no viajaba nunca en metro.

Aumento

En el tribunal de distrito de Wels, una mujer condenada anteriormente veinticuatro veces, que el presidente del tribunal calificó nada más abrir su *por ahora último proceso*, como escribe el periódico de Wels, de *ladrona veterana bien conocida del tribunal*, y que estaba acusada entonces del hurto de unos impertinentes para ella totalmente inútiles, que robó a una aficionada a la ópera recientemente fallecida, la cual, sin embargo, desde hacía muchos años no podía andar y, por esa razón, no utilizaba los impertinentes y, realmente, los había olvidado ya, como se reveló durante el proceso, consiguió aumentar su pena de prisión, fijada sólo en tres meses, en otros seis meses, al dar, inmediatamente después de la lectura de la sentencia por el presidente del tribunal, una bofetada precisamente al presidente. Ella había esperado por lo menos nueve meses de cárcel, porque no soportaba más la libertad, declaró.

En la Fosa de las Mujeres

En el mesón *El Prado* del valle del Aurach, en el que nos reunimos muy a menudo con los leñadores, cuando queremos enterarnos de sus problemas y también conversar mejor que en otros sitios, apareció en mil novecientos cincuenta y tres, antes de Navidades, un hombre que inmediatamente nos llamó la atención por su silencio. Que aquel hombre, al que anteriormente no habíamos visto nunca, debía de ser de origen campesino nos resultó inmediatamente evidente, porque, después de haberse sentado en la sala, se quedó con el sombrero puesto. No era evidente qué era lo que el hombre, que tenía unos treinta años, buscaba aquí, tampoco estaba de visita en casa de parientes que residieran aquí, para eso nos pareció insuficientemente bien vestido, llevaba un traje usado y, en muchos sitios, incluso roto. Excitada nuestra curiosidad, lo invitamos a sentarse a nuestra mesa y a participar en nuestra conversación, y se sentó con nosotros y encargamos para él una cerveza. Sólo a una hora avanzada nos dijo el hombre, sin más, que estaba buscando mujer y nos preguntó si conocíamos una apropiada para él, y dónde podría encontrarla. Alegres como estábamos, le gastamos una broma y, hacia la medianoche, lo mandamos a la llamada Fosa de las Mujeres, de la que brota

un río pequeño pero que a veces, sin embargo, lo arrastra todo, y en la que no brilla el sol. En la Fosa de las Mujeres vivía una mujer de unos cincuenta años, deforme de piernas y brazos y, en general, totalmente deforme, la cual, sin embargo, era muy querida por su inmenso amor a los animales y su amabilidad con las personas. El hombre no volvió a salir en diez años de la Fosa de las Mujeres y después de diez años, por primera vez, sólo para casarse con la vieja deforme en la pequeña iglesia de Reindlmühle. Después de su boda, los dos desaparecieron en la Fosa de las Mujeres por otros diez años. Se dice que son felices.

La pantera

Los domadores polacos son conocidos por no cometer errores. Sin embargo, se ha sabido ahora un caso en el que un domador polaco cometió un error. El domador Lutoslawsky, al que se había podido ver ya en el circo Krone y en el circo Sarassani, invitó en Cracovia, su ciudad natal, después de haber hecho su famoso número de las panteras, al alcalde de Cracovia, que se sentaba en la primera fila, a que hiciera para él el número de las panteras, en cuyo punto culminante la pantera más hábil saltaba a través de un aro en llamas. Lutoslawsky estaba acostumbrado a que, hasta entonces, todos los que invitaba a ese *tour de force* suicida rehusaran, como es natural, con lo que siempre acababa el número de las panteras y empezaba el siguiente, el del burro parlante. Sin embargo, el alcalde de Cracovia, para sorpresa de todos y espanto del domador, aceptó la invitación, entró en la jaula de las panteras e hizo que Lutoslawsky le diera el látigo y, mientras Lutoslawsky, de espaldas a la reja, observaba la escena, hizo con las panteras exactamente el mismo número que Lutoslawsky. Al público le pareció que, con el alcalde de Cracovia, el número era mucho más excitante aún y mucho más artístico aún que con Lutoslawsky y, como se dice siempre en esos casos, dedicó a su

alcalde *una interminable ovación*, mientras silbaba a Lutoslawsky. De pronto, en medio de esa ovación, las panteras, que hasta entonces se sentaban tranquilamente en sus taburetes, se precipitaron sobre Lutoslawsky y, ante los ojos del espantado público, lo destrozaron por completo. Por qué no se precipitaron sobre el alcalde que, totalmente respetado por las panteras, pudo ponerse a salvo, es lo que se preguntan los periódicos polacos.

Desafinado

En la ciudad belga de Brujas fue decapitado al parecer hace doscientos años, un niño de coro de nueve años que, en una misa cantada en la catedral de Brujas ante toda la corte real, dio una nota desafinada. En efecto, a causa de esa nota desafinada del niño de coro, la reina se desmayó, y no volvió a salir de su desmayo hasta la muerte. El rey, al parecer, hizo el voto de que, si la reina no volvía en sí, haría decapitar no sólo a ese niño de coro culpable de Brujas, sino también a todos los demás niños de coro de Brujas y al organista de la catedral, lo que hizo, efectivamente, cuando la reina no salió de su desmayo y murió. Durante siglos no hubo misas cantadas en Brujas.

Retirado

Un, así llamado, campesino retirado, o sea, un antiguo campesino, que había cedido ya su granja a su hijo y llevaba once años viviendo solo en una antigua bodega de un piso bajo, fue encontrado muerto por el cartero, que quería pagarle la pensión vencida, en Breitenschützling, una localidad de la Alta Austria conocida por la espesa niebla que hay en ella durante casi todo el otoño y durante todo el invierno y que ha vuelto ya locos a muchos habitantes de Breitenschützling. El retirado, un inválido que perdió la pierna derecha en el Cáucaso durante la Segunda Guerra Mundial y que, por su valor ante el enemigo, recibió la cruz de hierro de primera clase, para no morirse de frío y porque su hijo y su nuera, que vivían peleados y habían dejado solo a su padre y yerno desde hacía ya meses, no le facilitaban ya leña, echó finalmente su pierna de madera al hogar de la chimenea, como comprobaron los gendarmes y, a pesar de ello, cuando el fuego se apagó definitivamente, murió de frío. Se ha presentado denuncia contra el hijo y la nuera.

La moza

La semana pasada vimos cómo cinco vacas, una tras otra, se precipitaban contra el expreso con el que tuvimos que volver a Viena, resultando totalmente despedazadas. Después de haber limpiado la vía el personal del tren e incluso el maquinista, que acudió con un zapapico, el tren continuó su viaje tras una detención de unos cuarenta minutos. Al mirar por la ventanilla, pude ver a la moza que corría llorando hacia una granja envuelta en el crepúsculo.

La costurera

Gruber, el adivino de Wels, fue muerto por el empresario de transportes al que predijo que su mujer moriría antes del nuevo año. El empresario de transportes, con el pretexto de mostrarle su futura vivienda, lo atrajo a su nueva casa de Lichtenau, lo mató y, con sus propias manos, lo emparedó en un, así llamado, pasillo ciego del sótano. Ante el tribunal, el empresario de transportes confesó que ya en marzo había decidido matar a Gruber, el adivino, si su mujer vivía aún después de Navidades. Entre el día de San Sebastián y la víspera de Año Nuevo se las arregló para que Gruber fuera una hora a su casa, a fin de brindar con él por el Año Nuevo y de que viera las ideas que había realizado en su nueva construcción. Se califica a Gruber de ingenuo y al empresario de transportes de taimado. Breitenegger, el célebre forense de Viena, después de, al fin y al cabo, ocho semanas, pudo determinar al minuto el momento en que se produjo la muerte de Gruber. El empresario de transportes mantenía desde hacía años una relación con una costurera de Leonding.

El abrigo de loden

Un abrigo de *loden* arrastrado por el Traun, junto a Steirermühl, ha vuelto a dejar sin aclarar una desgracia ocurrida hace más de dos años y medio. El abrigo de *loden* ha sido identificado, sin lugar a dudas, como el abrigo de *loden* de Irsiegler, capataz de la construcción. Irsiegler era buscado hasta hoy desesperadamente por su familia, porque es el único que sabe dónde enterró su padre en mil novecientos cuarenta y cinco, o sea, al acabar la guerra, el tesoro de monedas de oro en el que siempre había confiado su familia, pero que Irsiegler no quería desenterrar hasta el día de Año Nuevo de mil novecientos setenta y cuatro, porque su padre le hizo prometer que no desenterraría ese tesoro, cuyo origen real se desconoce, antes del día de Año Nuevo del setenta y cuatro. Irsiegler ha sido encontrado muerto sólo un poco más abajo del lugar al que fue arrastrado su abrigo de *loden*. Debe de haber estado varias semanas en el agua. No se sabe dónde estuvo el resto del tiempo, o sea, casi dos años y medio. En aquella época, Irsiegler fue al mesón de Anschütz sólo para tomar una cerveza y no regresó ya.

Trabajador del papel

Filzmoser, trabajador del papel, ha matado de un tiro a su vecino, el trabajador del papel Nöstlinger, empleado como él en la fábrica de papel de Steirmühl, *por error*, según ha declarado ante el tribunal. Disparó a un faisán que salió volando de la maleza del llamado bosque de Peiskamer, pero no acertó al faisán sino a Nöstlinger, con el que iba de caza desde hacía ya más de veinticinco años. Nöstlinger, al parecer, murió en el acto. El, Filzmoser, tenía una amistad de toda la vida con Nöstlinger. Algunos testigos declararon ante el tribunal que los dos no se hablaban ya desde que Nöstlinger consiguió un préstamo para cerrar su casa y comenzó, efectivamente, en seguida las obras de cerramiento. Porque a Filzmoser le habían negado un préstamo igual, que pidió en la misma oficina de Linz. Sabido es que en el sector del Traun muchos hombres sacan su permiso de caza únicamente con fines homicidas.

Mojón

De un paseo en barca, que un matrimonio emprendió, al caer la tarde, de Traunkirchen a Rindbach volvió sólo, al cabo de cuatro horas, el marido, que el martes por la noche, hacia las nueve, se presentó muy excitado en casa de Moser, pescador muy conocido, y contó que, durante la tempestad que se había desencadenado súbitamente, su mujer había resbalado fuera de la embarcación, una de las pocas gabarras todavía existentes en el lago de Traun, y se había ahogado. Dijo que lo había intentado todo para salvarla. Y que su mujer se había hundido súbitamente. Finalmente, dijo, temió por su propia vida y regresó y, con las mayores dificultades, pudo llegar a la orilla. Una búsqueda al día siguiente no dio resultado alguno. Tres días más tarde, cuando se había perdido toda esperanza, el hombre hizo decir una misa en la iglesia parroquial y, un año más tarde, colocar, en el muro del lago de esa misma iglesia, una lápida de mármol negro en recuerdo de su mujer ahogada. Poco después se casó. Eso ocurrió en mil novecientos setenta y tres. Dos años más tarde, unos buceadores descubrieron bajo el Traunstein, en el fondo del lago, un cadáver y, como el tiempo se presataba a ello, subieron y llevaron a tierra ese cadáver, que tenía una cuerda al cuello y, colgado de la cuerda, un mojón del municipio de Altmünster. Se trataba de la supuesta ahogada.

Dos hermanos

Dos hermanos siguieron en su vida una evolución que, como es natural, correspondía a sus disposiciones, y tomaron caminos opuestos y, por lo tanto, con el tiempo, totalmente separados. Nosotros quisimos a los dos y, durante decenios, observamos realmente con atención sus cualidades, las del filósofo y las del comerciante, y siempre, en épocas determinadas, nos sentimos atraídos por esas cualidades y luego otra vez repelidos, unas veces más por lo filosófico de uno, y otras veces más por lo comerciante del otro. Cuando todos tuvimos más de treinta años, de pronto no pudimos pensar ya en restablecer la intimidad de nuestra relación, y los perdimos de vista a los dos. Finalmente, supimos de la importancia y la fama de nuestros antiguos amigos y del hecho de que precisamente esa importancia y esa fama los habían separado, aislándolos con el paso del tiempo. Realmente, el uno no vivía más que exclusivamente para su filosofía, y el otro para sus negocios. Cuando el primero murió, sus parientes dijeron que se había *matado trabajando*. Un año más tarde, cuando murió también el segundo, se dijo que se había *matado leyendo*. En el punto decisivo de su vida se separaron y, cada uno en su dirección, que sólo podía ser la opuesta a la del otro, fueron de forma consciente hacia la muerte.

Natural

En el entierro de un leñador de Irresberg, con el que habíamos estado en el mesón sólo tres días antes y del que habíamos aprendido más cosas sobre nuestro paisaje inmediato y sus gentes que de cualquier otro antes, estábamos, como es natural, más pensativos que en otros casos. Cómo, súbitamente, habían podido salir a la luz, por medio de un hombre tan sencillo, más relaciones y, sobre todo, relaciones más complicadas que por otros a los que, precisamente, no considerábamos sencillos, sino complicados. El leñador, al que conocíamos desde hacía decenios y con el que, como con casi todos los leñadores de la comarca, nos unía una amistad, difícilmente se había expresado jamás, en todos esos decenios, de una forma tan franca como aquella noche, para él la última, en el mesón; sus relatos nos mostraron de pronto otro país y otras personas y son ahora los únicos auténticos. Aquel hombre, durante varias horas, explicó su mundo y realmente *el* mundo y, después de habernos expuesto su explicación, se calló otra vez hasta que, como creíamos nosotros, le pareciera oportuno. Sin embargo, al volver a casa se cayó al Aurach y se ahogó. Unos colegas lo encontraron. El director del colegio pronunció un pequeño discurso ante su tumba y dijo que él, su amigo, el leñador, había sido un hombre *natural*.

Gigante

En el cementerio de Elixhausen, unos obreros, que tenían el encargo de construir una sepultura para el propietario de una quesería que había muerto, desenterraron, a una profundidad de sólo setenta y cinco centímetros, el esqueleto de un hombre que debió de medir dos metros setenta y cuatro y que, probablemente fue enterrado ciento cincuenta años antes. En Elixhausen al parecer, por lo que se recuerda, sólo han vivido siempre personas muy pequeñas.

Historia Natural

Con conciencia perturbada actuó el profesor de Historia Natural de Salzburgo que dio a un colegial, sin motivo, una bofetada, según afirma el colegial, como consecuencia de lo cual el colegial, según dicen los médicos, perdió el oído para siempre. El padre del colegial, maestro enladrillador, que tenía la intención de enviar a su hijo a la Escuela Politécnica Superior de Viena y hacer de él un arquitecto famoso, ha hecho que un perito oficial juzgado, conocido suyo, le calculara la suma que su hijo hubiera ganado hasta los sesenta y cinco años si hubiera seguido regularmente y llevado a término, como consta en los dictámenes, la carrera a la que su padre lo había destinado, y ha demandado al profesor de Historia Natural exactamente por esa suma. La suma, calculada en doscientos treinta millones de chelines, es la mínima aceptable y, por consiguiente, exigible, según el perito designado por el padre del hijo al que el profesor de Historia Natural dejó sordo, hijo que, hace tres días, se despenó en el conocido barranco de Liechtenstein. El profesor de Historia Natural ha sido suspendido en sus funciones desde hace varios meses, porque está prohibido maltratar a los colegiales. Ante la comisión de arbitraje encargada de su caso, declaró que había olvidado que los castigos corporales habían sido abolidos hacía tiempo.

Interpelación en la Cámara

Resultaba sorprendente que los colegiales que se suicidaban en Salzburgo provinieran de los llamados medios burgueses, declaró un diputado ante la Cámara de Salzburgo, después de haberse debatido en esa Cámara que el número de colegiales que se habían matado en Salzburgo el año anterior, lo que quería decir que se habían precipitado desde alguna de las montañas de la ciudad o tirado al Salzach, se había duplicado con respecto al año anterior. Sabido es que Salzburgo tiene la tasa de suicidios de colegiales más alta del mundo entero. Cuanto mayor podía considerarse la belleza de una ciudad, según el diputado, tanto mayor era su tasa de suicidios, y no, como hasta entonces se había supuesto, a la inversa. La cuestión era cómo debía abordarse desde el punto de vista oficial el problema del suicidio escolar en Salzburgo, que se había convertido en uno de los más urgentes y del que se hablaba ya con asombro en el mundo entero. El, diputado socialista, se preguntaba ahora, después de que, la semana anterior, un hijo de catorce años de un jardinero municipal se había precipitado al vacío desde la llamada terraza de Humboldt, quedando completamente destrozado, si ese suceso no era una prueba de que la clase trabajadora había ascendido ya a la condición burguesa y, posiblemente desde hacía ya mucho tiempo, aunque todavía no de forma oficial, debía considerarse como burguesía.

Dos notas

En la biblioteca de la Universidad de Salzburgo, el bibliotecario se ha ahorcado de la gran araña de la gran sala de lectura porque, como escribe en una nota que ha dejado, de pronto, después de veintidós años de servicios, no podía soportar ya ordenar libros y prestar libros que sólo habían sido escritos para causar desgracias, con lo que se refería a todos los libros jamás escritos. Eso me ha recordado al hermano de mi abuelo, que era guarda de monte en Alpentann, junto a Henndorf, y se dio un tiro en la cumbre del Zifanken porque no podía soportar más la desgracia humana. También él dejó esa conclusión suya en una nota.

Amor desgraciado

Pittoni, profesor de geografía, que, mientras enseñó en el instituto, fue atormentado por sus alumnos, no ha vuelto de sus vacaciones. Llegado originalmente a Hüttschlag únicamente para estudiar los escritos de Humboldt y para descansar, se ha ahogado en su habitación, a la que se había retirado sólo por unos días. En su testamento ha dejado todo lo que poseía a sus alumnos. Porque hubiera llegado a la única conclusión que le era posible, no debían creer ahora, escribe en su testamento, que los hubiera odiado. Al contrario. Sin embargo, su amor por ellos, por mucho que se había esforzado, no lo habían aceptado. Fuera por la razón que fuera, confiaba en que lo perdonarían.

Viaje organizado

En Pontebba, veintidós años después de un corrimiento de tierras que sepultó la mitad del lugar, han desenterrado un autobús entero que, en el momento del corrimiento, estaba totalmente lleno. Los ocupantes, según escriben los periódicos, estaban aún bien conservados, sentados en sus asientos, y llevaban todos colgada del cuello una tarjeta azul con un sello que indicaba su lugar de destino, *Munich*. En aquella época, como se ha comprobado, hubo en Munich una exposición de iconos en la que podía verse también un icono de Pontebba.

Amor verdadero

Un italiano, que posee una villa en Riva, a orillas del lago de Garda, y puede vivir muy bien de las rentas del capital que le dejó su padre, ha vivido los últimos doce años, según escribe *La Stampa*, con un maniquí de escaparate. Los habitantes de Riva cuentan que, las tardes templadas, observan cómo el italiano, que al parecer estudió Historia del Arte, se embarcaba con ese maniquí en una embarcación de lujo cubierta con una cúpula de cristal, situada no lejos de su villa, para navegar con su maniquí por el lago. Cuando, hace años, fue calificado de inmoral en una carta de lector dirigida al periódico que se publica en Desenzano, solicitó en el registro civil competente contraer matrimonio con el maniquí, lo que, sin embargo, le fue denegado. También la iglesia rechazó su matrimonio con el maniquí. En invierno deja regularmente el lago de Garda, hacia mediados de diciembre, y se va con su amada, a la que conoció en un escaparate en París, a Sicilia, donde se aloja siempre en el famoso Hotel Timeo de Taormina, para escapar del frío que, en contra de todo lo que se dice, es también insostenible en el lago de Garda todos los años, desde mediados de diciembre.

Imposible

Un autor teatral, cuyas obras se representaban en todos los grandes escenarios, se fijó como norma no asistir a ninguna de esas representaciones y, durante años, él, que con los años tenía cada vez mayor éxito, pudo atenerse a esa norma. Rechazaba sistemáticamente todas las invitaciones de los directores de teatro para ver sus escenificaciones, y no respondía siquiera a la mayoría de esos ruegos. Por lo demás, nada odiaba más que a los directores teatrales. Un día quebrantó su norma y fue a Düsseldorf, donde, en el Schauspielhaus de allí, que pasaba entonces por uno de los primeros escenarios, lo que, como es natural, no quiere decir que el Schauspielhaus de Düsseldorf fuera efectivamente uno de los primeros teatros de Alemania, vio su última obra, que se representaba allí; como es natural no el estreno, sino la tercera o la cuarta representación. Después de verlo que habían hecho con su obra los actores de Düsseldorf, interpuso una demanda ante el tribunal competente de Düsseldorf que, antes de que llegara a verse en juicio esa demanda, lo llevó al famoso manicomio de Bethel, en la cercana Bielefeld. Demandó al director del teatro de Düsseldorf para que le restituyera su obra, lo que quería decir simplemente que pidió que todos los que habían participado en la

obra de la forma que fuera le restituyeran y devolvieran lo que los había puesto en relación con la obra, por mínimo que fuera. Por supuesto, exigió también que los espectadores, cerca de cinco mil, que entretanto habían visto su obra, le devolvieran lo visto.

Sentimiento

Otro autor teatral declaró en el tribunal, ante el que lo había llevado un espectador ofendido porque se había sentido calumniado por él en el escenario del Schauspielhaus de Bochum, al que el autor teatral, incluso ante el tribunal, calificaba siempre de Casa de Loco: de Bochum, en la que, en realidad, un director de manicomio, que sólo pretendía ser director de teatro, no tenía actores sino locos y los exhibía durante todo el año ante un público perplejo, que sólo tenía siempre tanto éxito porque, a diferencia de sus colegas sin éxito, era suficientemente sincero para presentar siempre sus comedias como tragedias, y sus tragedias, en cambio, siempre como comedias. Un día que presentó una tragedia realmente como tragedia, cosechó un monstruoso fracaso. Desde entonces se atenía otra vez a su norma de presentar una comedia como tragedia y una tragedia como comedia, y tenía el éxito siempre asegurado. Como, entretanto, se había hecho tan famoso que podía permitírselo casi todo, el tribunal ante el que lo había llevado el espectador ofendido, porque había calificado a ese espectador de igual de estúpido que todos los demás espectadores del mundo, que eran millones, lo absolvió. El presidente del tribunal lo había absuelto, afirmó el autor teatral después del

juicio, porque él, el presidente del tribunal, odiaba el teatro y todo lo relacionado con el teatro más que nada en el mundo, lo que él, el autor teatral, podía comprender muy bien, porque era lo que él mismo sentía.

Autor caprichoso

Un autor, que sólo escribió una sola obra teatral, que sólo debía representarse una sola vez en el, en su opinión, mejor teatro del mundo e, igualmente en su opinión, sólo por el mejor escenógrafo del mundo e, igualmente en su opinión, sólo por los mejores actores del mundo, se apostó, ya antes de que se levantara el telón del estreno, en el lugar del gallinero más apropiado para ello, aunque totalmente invisible para el público, apuntando con un fusil-ametrallador, expresamente fabricado con ese fin por la casa suiza Vetterli y, después de levantarse el telón, se dedicó a disparar un tiro mortal en la cabeza a todo espectador que, en su opinión, se reía a des-tiempo. Al término de la representación, en el teatro no había más espectadores que los que había matado a tiros y, por lo tanto, espectadores muertos. Ni los actores ni el director del teatro se dejaron distraer por un segundo, durante toda la función, por el caprichoso autor ni por lo que hacía.

Deseo insatisfecho

Una mujer de Atzbach fue muerta por su marido porque, en opinión de éste, se había puesto a salvo de su casa en llamas con el niño equivocadamente. No había salvado a su hijo de ocho años, para el que su marido proyectaba algo especial, sino a su hija, a la que el marido no quería. Cuando, ante el tribunal de distrito de Wels, le preguntaron al hombre qué era lo que proyectaba para su hijo, que quedó totalmente carbonizado en el incendio, el hombre respondió que quería hacer de él un anarquista y asesino a manos llenas que aniquilase a la dictadura y, por consiguiente, al Estado.

Presencia de ánimo

Presencia de ánimo demostró un hombre de Rutzenmoos, que salvó a un chico de tres años de un toro que se había vuelto furioso, como escribe el *Linzer Tagblatt*. El hombre, trabajador de la construcción de la empresa Hatschek, que desde hace decenios emplea a miles de trabajadores y, en toda la región, no cesa de dar ejemplos de conciencia social, al construir guarderías y hospitales y subvencionar asilos y manicomios, apartó al toro del chico con una chaqueta de punto de color rojo chillón. El chico pudo huir corriendo, mientras el toro se precipitaba contra el hombre y lo maltrataba de tal forma que, al día siguiente, murió en la clínica de urgencias de Vöcklabruck, fundada por la empresa Hatschek. El *Linzer Tagblatt* escribe acerca de la feliz circunstancia de que el trabajador de la construcción de Rutzenmoos llevara la chaqueta roja que su mujer le había tejido para Navidades, precisamente en el momento en que el toro se lanzó contra el chico y de que, con esa chaqueta roja, *apartara* la atención del toro del chico y la *atrajera* hacia sí. Al entierro del trabajador de la construcción asistieron cientos de compañeros suyos y como es natural, como siempre en tales casos, también la dirección de la empresa Hatschek en pleno. Por no hablar del resto de la población, que

va siempre de buena gana a esos entierros, porque sustituye el teatro que falta en la comarca con esos estrenos siempre repetidos. El *Linzer Tagblatt* publica hoy la foto del chico de Rutzenmoos y la foto del hombre que lo salvó, la foto de la mujer del salvador del chico y la foto de la chaqueta roja que la mujer tejó a su marido para Navidades, y la foto del lugar del hecho y la foto del toro, que fue *apartado* del chico de Rutzenmoos por el trabajador del cemento de Rutzenmoos y *atraído* hacia él mismo, el trabajador del cemento de Rutzenmoos. El maligno toro, según escribe el *Linzer Tagblatt*, ha sido sacrificado.

Ingreso suplementario

Para espanto nuestro, se ha convertido en seso sino precisamente el vecino nuestro al que, durante decenios, hemos tenido siempre por el más bondadoso y más trabajador y, como siempre habíamos creído, más satisfecho. El hombre, capataz en una fundición de cinc establecida en Vorchdorf, que todos los días salía de casa a las seis de la mañana para ir a trabajar a Vorchdorf y todas las tardes volvía de Vorchdorf a las seis para pasar la velada con su mujer y sus dos hijos, y del que además los bomberos, a los que, como es natural, pertenecía desde los diez años, hablaban siempre únicamente en los términos más elogiosos, lo mismo que el párroco, que lo utilizaba muy a menudo para hacer reparaciones, naturalmente gratuitas, en la iglesia, mató a una llamada magnetizadora, que se había establecido en las proximidades de Vorchdorf y era conocida y querida a la redonda, porque lo sorprendió al irrumpir él en una habitación de la casa de ella, situada en la carretera principal, en la que el hombre creía que estaban los dineros que la magnetizadora y, por consiguiente, curandera, había recibido de su clientela y acumulado con el paso del tiempo. A los gendarmes les confesó nuestro vecino que, como la fundición de cinc le pagaba demasiado poco, había querido procurarse un ingreso suplementario.

Silo

Hacia finales de la guerra, unos soldados alemanes se alojaron en un silo de cemento abandonado junto a Steinbach am Ziehberg. Antes de que llegasen los americanos, se marcharon del silo y cerraron el silo por fuera con cerrojo. Cuando, en estos días, el propietario del silo abrió la puerta del silo, totalmente oxidada, con lo que se llama un pesado martillo de picapedrero, porque tenía la intención de derribar el viejo silo, tanto tiempo abandonado, y construir en el terreno unas instalaciones de engorde de cerdos, hizo un horroroso descubrimiento. En el silo, detrás mismo de la puerta, había dos cadáveres, totalmente descompuestos, que todavía llevan pantalones de uniforme alemán y, así llamadas, camisas de la *Wehrmacht*. El campesino comprobó que debía de tratarse de camaradas de aquellos soldados alemanes que, hacia el final de la guerra, se alojaron en el silo, desapareciendo luego de la noche a la mañana. Las autoridades trataron inmediatamente de informar a los parientes de los dos hombres muertos en el silo. Después de veintitrés años, los papeles de los dos hombres encontrados en el silo estaban todavía tan bien conservados que no hubo ninguna dificultad para descifrarlos. Uno de los hombres era teniente, el otro cabo. Los dos eran de Nakenheim am Rhein. La cuestión es saber si se debe

buscar o no ahora a sus camaradas, posiblemente vivos aún. A la gente le preocupa si los dos hombres fueron dejados voluntaria o involuntariamente en el silo acorrojado por sus camaradas. En cualquier caso, no puede excluirse un crimen, dicen.

Famosos

El famoso cirujano y profesor que, después de haber tenido que interrumpir una operación en sí nada difícil y, por consiguiente, tampoco peligrosa, porque de pronto perdió la cabeza, y de haber tenido que confiar a su ayudante la continuación de la operación, no fue sincero ante la opinión pública y, por consiguiente, ante la paciente que había recuperado el sentido, lo que quiere decir que no tuvo la entereza de carácter suficiente para reconocer lo que realmente había pasado, y se dejó felicitar por la paciente por aquella operación realizada con éxito. Por no hablar de los regalos, exageradamente valiosos, entre otros un reloj de bolsillo de oro que, al parecer, llevó Napoleón I, que aceptó sin más de la paciente. No sabemos cuántos cirujanos famosos pierden todos los días la cabeza e interrumpen operaciones y confían a sus ayudantes la continuación de esas operaciones y se dejan felicitar y agasajar por ellas, pero su número debe de ser tan alto como el de cirujanos famosos. Y el número de ayudantes desconocidos y no reconocidos que, sencillamente, jamás pueden permitirse perder la cabeza es igualmente alto. Siempre hemos preferido hacernos operar por los ayudantes de los cirujanos famosos, que son también siempre famosos profesores de medicina, y no por los cirujanos y profesores mismos. Y siempre hemos salido sanos y salvos.

Sin alma

Mientras en los hospitales los médicos se interesen sólo por los cuerpos y no por las almas, de las que, aparentemente, no saben casi nada, tendremos que calificar a los hospitales no sólo de establecimientos de derecho público sino también de asesinato público, y a los médicos de asesinos y compinches de ejecuciones. Cuando un, así llamado, científico privado de Ottnang am Hausruck, que había sido internado en el hospital de Vöcklabruck por una, así llamada, *peculiaridad*, fue reconocido de pies a cabeza, preguntó, según escribe en una carta a la revista médica *Der Arzt*: ¿y el alma? A lo que el médico que había reconocido su cuerpo le respondió: ¡cállese!

El príncipe

Cierta princesa Radziwil, con la que pascé varias tardes a orillas del Vístula, junto a Varsovia, me habló de un tío suyo que, al cumplir los cincuenta años, se retiró a su castillo, junto a Radom, porque al cumplir los veintuno juró hacerlo. Los amigos que habían creído que, después de treinta años, no se acordaría ya de ese juramento o, sencillamente, lo pasaría por alto, se quedaron muy asombrados de que, al día siguiente de cumplir los cincuenta años, pasara la noche en Radom y jurara no abandonar ya Radom. Como, aparentemente, el tiempo hasta su muerte se le hacía en Radom demasiado largo, se dio un tiro el día en que cumplió los cincuenta y un años. Cuando le pregunté a la princesa por qué había actuado su tío de la forma que ella me había contado, me dijo que su tío le había dicho una vez que, en su opinión, tener que vivir cincuenta años en este mundo, sin haber sido en fin de cuentas consultado al respecto, era más que suficiente para un ser pensante. Quién seguía vegetando después, era débil de espíritu o de carácter.

El preboste

Cierto preboste Potocky, sobrino del famoso Potocky que escribió el *Manuscrito encontrado en Zaragoza* y, con ello, entró para siempre en la literatura universal, cerró al parecer un día todas las persianas de su posesión, cerca de Kasimierz, una tras otra y, de hecho, de arriba abajo y, después de haberse asegurado otra vez de que todas las persianas de su castillo estaban realmente cerradas, se disparó una bala en la cabeza ante el *Fausto* de Goethe, abierto en el lugar en que termina el paseo de Pascua. Antes de suicidarse, el preboste, al parecer, trazó una gruesa raya roja bajo el paseo de Pascua y puso debajo un signo de interrogación. En su testamento expresó el deseo de que no se abrieran hasta treinta años después de su muerte las persianas que él, como indicaba expresamente en ese testamento, había cerrado precisamente para treinta años. La familia Potocky respetó su deseo. Inmediatamente después de abrir otra vez las persianas, los Potockys vendieron el castillo de las proximidades de Kasimierz.

Lec

El satírico Lec, del que fui amigo hasta su muerte y en cuya casa viví muchas veces, y que escribía siempre sus sentencias filosóficosatíricas en los que él llamaba libros de cocina de su mujer, afirmaba cada vez, cuando iba con él por cierta zona determinada, de unos cien metros de largo por treinta de ancho, de la llamada Nowy Swiat y, cuando estaba en Varsovia, iba con él casi a diario por lo menos una vez por la Nowy Swiat, que bajo esa zona estaban sepultados los adversarios más peligrosos del régimen actual; él mismo había sido testigo de cómo los gobernantes actuales habían matado a sus adversarios y los habían sepultado en aquel lugar. Siempre que preguntaba a otras personas qué pensaban de esa afirmación de Lec, me encontraba con que sólo sacudían la cabeza y me quedaba sin respuesta. Sin embargo, Lec decía siempre la verdad.

La Cripta del Rey

En Cracovia donde, como es sabido, desde la llamada Segunda Guerra Mundial reina el llamado comunismo, un hombre, siempre que visitaba la llamada Cripta del Rey en el Wawel, oía el himno real que salía del sarcófago del último rey de Polonia. Sin pensar en las consecuencias, habló en la ciudad de esa experiencia que se repetía cada vez que entraba en la Cripta del Rey, como es natural no en seguida, sino después de algún tiempo, cuando había tenido esa experiencia ya unas cien veces. Cuando, como consecuencia, cada vez más cracovianos y, con el tiempo, centenares y millares de cracovianos iban en peregrinación a la Cripta del Rey y, por consiguiente, al Wawel, para escuchar, como aquel hombre, el himno real que salía del sarcófago, y realmente, como aquel hombre, cientos y millares oían el himno real, la policía de Cracovia detuvo al hombre y lo metió en la cárcel. A los cracovianos se les prohibió, bajo pena, ir al Wawel, y se cerró la Cripta del Rey. Durante años, la policía sometía a estrecho interrogatorio a todo el que iba al Wawel. Hoy la Cripta del Rey en el Wawel ha vuelto a ser abierta desde hace tiempo y nadie se acuerda ya de ese acontecimiento.

Contradicción

En una recepción que dio el embajador alemán en Lisboa, el ex rey de Italia, Umberto, en una larga conversación con el dirigente comunista Cunhal, le hizo continuos cumplidos y, a la inversa, Cunhal tuvo la amabilidad, una y otra vez, de abrirle la puerta al ex rey o de acercarle un sillón. Fue como si, durante toda la velada, yo fuera testigo de una conversación plenamente amistosa, en la que el antiguo monarca alababa ininterrumpidamente la revolución mundial comunista y el dirigente comunista, ininterrumpidamente, los logros de la monarquía. Finalmente, Umberto invitó a Cunhal a su casa de Sintra, el lugar más agradable y realmente más bello de Portugal, y Cunhal aceptó la invitación. En plena noche, al volver yo a casa a través de Lisboa, el grito de las masas sublevadas era una contradicción perversa.

Fertilidad

En Portugal, los perros aplastados o reventados no son enterrados como en nuestro país, sino que se descomponen y secan al aire libre. En el Alentejo, por ejemplo, yacen, si es que los sacan siquiera arrastrando de la carretera, a derecha e izquierda de las carreteras, con las patas abiertas y la cola rígida. Hemos encontrado campesinos previsores que arrojan a esos perros muertos bajo sus naranjos, cuyo rendimiento es entonces doble al menos que el de los otros.

Resignado

En la Universidad de Coimbra, la más antigua universidad de Portugal, que me invitó a pronunciar una conferencia, un profesor de Historia del Derecho con el que, después de mi conferencia, fui a una pequeña taberna para cenar, me dijo que, el día de la llamada *Primera Revolución*, todos sus colegas de la Facultad fueron ahorcados en el llamado gabinete de Historia Natural de la Universidad, porque no quisieron solidarizarse con los revolucionarios de entonces. Dos años más tarde, el día de la llamada *Segunda Revolución*, fueron ahorcados en ese mismo gabinete de Historia Natural los que, dos años antes, habían ahorcado a sus colegas. Cuando le pregunté cómo era que él estaba todavía vivo, me respondió que todo lo que me acababa de contar y que, realmente, se basaba en la verdad, *lo había visto antes en sueños*. Sabía que el sueño que había tenido un año antes de los acontecimientos reales se realizaría, y aceptó una invitación por cuatro años de la Universidad de Oxford, en Inglaterra, que le facilitó un amigo que enseñaba allí desde hacía muchos años. Como es natural, le resultaba opresivo seguir estando vivo y enseñar otra vez en la Universidad de Coimbra, pero hacía tiempo que se había resignado a esa opresión ininterrumpida.

Decisión

Según prudentes estimaciones, en el último terremoto que azotó a Bucarest perdieron la vida dos mil quinientas personas; sin embargo, cálculos exactos han determinado que unas cuatro mil personas murieron bajo los escombros. Esa cifra hubiera sido inferior por lo menos en quinientas si el municipio hubiera actuado en contra de la orden expresa del funcionario competente de la administración de Bucarest de allanar los escombros de un hotel totalmente destruido, en lugar de quitarlos, y hubiera quitado esos escombros. Todavía una semana después del terremoto, la gente oía los gritos de cientos de personas sepultadas, que salían de los escombros. El funcionario de la administración municipal, sin embargo, hizo cercar la zona del hotel hasta que le comunicaron que bajo los escombros no se movía absolutamente nada y que tampoco se oía ya ruido alguno. Hasta dos semanas y media después del terremoto no se permitió a los habitantes de Bucarest recorrer el montón de escombros, que fue totalmente allanado en la tercera semana. Al parecer, por razones de costo, el funcionario renunció al salvamento de unos quinientos huéspedes sepultados del hotel destruido. El salvamento hubiera costado mil veces más que el allanamiento, sin tener en cuenta siquiera

el hecho de que, probablemente, se habría sacado de los escombros a cientos de personas gravemente heridas que el Estado hubiera tenido que mantener luego durante toda su vida. Como es natural, según se dice, el funcionario se cercioró de la conformidad del Gobierno rumano. Al parecer, es inminente su ascenso a un puesto oficial más alto.

Al servicio del Estado

En el Golfo Pérsico conocimos a un bibliotecario alemán al que el Gobierno alemán, por motivos políticos, como decía el bibliotecario, trasladó de la biblioteca de la Universidad de Marburg an der Lahn a esa ciudad del Golfo Pérsico. Visitamos a ese bibliotecario, de cuya existencia supimos en Shiraz, en donde vivimos varias semanas para estudiar las costumbres de los habitantes de esa ciudad persa por excelencia, en un hospital de Shiraz, y nos espantó su estado. El hombre estaba casi totalmente paralizado y apenas podía hacerse entender. Al parecer, publicó en una revista científica editada en Francfort un artículo contra el ordenamiento jurídico alemán y, por tal razón, fue trasladado al Golfo Pérsico. Al principio, se había resignado a ello porque el Golfo Pérsico le interesaba y porque creyó que podría dedicarse allí a estudios científicos. Sin embargo, el clima del Golfo Pérsico, que era realmente un clima mortal, dijo, lo destruyó en un plazo brevísimo y, en fin de cuentas, lo aniquiló. Su mayor equivocación, dijo, había sido entrar en el llamado servicio del Estado, eso había significado para él nada más que su destrucción sistemática, primero su destrucción intelectual y, finalmente, también su destrucción física. Quien entraba al servicio del Estado, por la razón que

fuera y en el puesto que fuera, era destruido y aniquilado, nos dijo. Había dirigido cientos de solicitudes al Gobierno alemán, para que, como se expresó hablando con nosotros, lo sacara de aquel infierno del Golfo Pérsico, pero todas sus solicitudes quedaron sin respuesta. De forma totalmente deliberada, nos dijo, había sido empujado a la muerte por el Estado al que había querido servir pero al que, una sola vez, se había permitido criticar. No pudimos ayudar al bibliotecario. Cuatro días después de nuestra visita nos enteramos de su muerte. Tres semanas después, el Gobierno alemán, como pudimos comprobar personalmente, publicó una esquila en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* en la que lamentaba el fallecimiento del bibliotecario. El servicio del Estado aniquila al que entra en él. Cualquiera que sea el señor del Estado al que se sirva, se sirve a un mal señor.

Retroceso

En El Cairo, al término de una recepción que daba un embajador francés con motivo del cumpleaños de su esposa y a la que asistieron unos cien invitados, los cuales, durante toda la velada, hablaron principalmente de las *Fleurs du mal* de Baudelaire, que el anfitrión, en muchos años de trabajo, había traducido a la lengua egipcia, se amontonaron tantas personas ante el ascensor del sexto piso, en el que vivía el embajador, que nosotros, que teníamos tiempo, retrocedimos. Cuando la puerta del ascensor se cerró, el ascensor, inesperadamente y para espanto de los que habían quedado, se precipitó al vacío, estrellándose. Los que habían quedado estuvieron durante varios segundos sin poder moverse, y permanecieron completamente mudos en el completo silencio que siguió al estrépito causado por el estallido del ascensor en la planta baja. Sólo cuando se oyeron los primeros gritos se atrevieron a salir de su estupor, pero fueron incapaces de hacer nada sensato. No querían bajar y retrocedieron hasta el piso del embajador. También nosotros volvimos al piso del embajador porque, lo mismo que los otros, éramos incapaces de bajar. Sólo tres horas después del suceso, junto con los demás, abandonamos la casa del embajador, cuando nos dijeron que habían retirado los cadáveres de to-

dos los que habían muerto en el ascensor. Como es natural, todavía hoy nos preocupa la cuestión de por qué no nos metimos en el ascensor y retrocedimos ante los otros. En El Cairo, hemos oído, todos los años varios ascensores viejos, sobrecargados, se precipitan en el vacío.

Imaginación

Cerca del barrio copto de El Cairo nos llamaron la atención calles enteras en cuyas casas de cuatro y cinco pisos se criaban miles de gallinas y cabras y hasta cerdos. Intentamos imaginarnos qué se oiría si esas casas ardieran.

Expedición

El marido de la hermana de mi abuelo, un pintor sin éxito en Europa que, por su matrimonio, pudo disponer de una gran fortuna, la cual debió a la diligencia de mi bisabuelo, partió a principios de siglo en una, como dijo entonces, expedición científica a la Argentina e hizo escala en una ciudad de la costa para mí desconocida. Había estimado la duración de su expedición y, por lo tanto, de su estancia en Sudamérica en cuatro meses; al parecer se dedicaba a las ciencias naturales, un tema del que, sin excepción, se han ocupado todos nuestros antepasados y con el que algunos de ellos, precisamente por sus publicaciones sobre ese tema, se han hecho famosos. Transcurridos los cuatro meses, mi tía abuela no supo nada más de su marido, que hasta entonces había escrito a Europa de cuando en cuando. Un día le enviaron por correo la cartera de su marido, con una nota que decía que su marido, en esa ciudad de la costa para mí desconocida, había montado a caballo y partido, y no había vuelto más. Como en el momento de su partida, según los testigos, había horribles tormentas, se supuso que había perecido en esas tormentas. Tampoco del caballo se encontró el menor rastro. Así, pues, la hermana de mi abuelo tuvo que resignarse a la muerte de su marido, que procedía

originariamente de Eger, y se quedó sola con la hija de doce años que su marido le había dejado, sesenta y dos años después de haber partido a caballo y desaparecido su marido en Sudamérica y, como había creído ella con seguridad, de haber muerto, supo por *Le Monde*, que durante cuarenta años fue su lectura diaria, que su marido, realmente, no había muerto en Río de Janeiro hasta sesenta y un años después de haber sido declarado fallecido por las autoridades austríacas, sin casarse, pero rodeado de mujeres que le servían y siendo un pintor famoso en el mundo entero, que había dado nuevo impulso y prestigio internacional a la pintura sudamericana y, como escribía *Le Monde*, a todo el arte-sudamericano, con el mismo nombre con que había vivido en Europa, sólo que con una o al final. Inmediatamente la madre, que entretanto era viejísima pero no tan vieja que no pudiera leer *Le Monde*, y la hija comenzaron a pensar en cómo hacerse adjudicar por los tribunales la, como se sabía, *inmensa fortuna* de su marido y padre.

Legado

Para el mismo pintor del que acabo de hablar hizo construir mi bisabuelo, cerca de Henndorf, un estudio grande y, para las ideas de entonces, sensacionalmente equipado, en el lugar que pudo elegir por sí mismo el pintor, una altura sobre el Wallerseel donde reinan las condiciones de luz más favorables para un pintor. Sólo con el dinero que costó ese estudio, así decían mis parientes una y otra vez, se hubiera podido comprar y modernizar muchas granjas. Poco después de terminado el estudio, aquel para el que, como ya he contado, había sido construido se fue a Sudamérica y desapareció, y fue declarado fallecido, y el estudio perdió su destino propio. Sin duda fue siempre admirado, como me dijeron con frecuencia, porque en esa comarca campesina sin cultura era una atracción absoluta, pero finalmente fue abandonado a su ruina total. Durante mucho tiempo, al parecer, los campesinos de la comarca, emparentados todos de algún modo con nosotros, encontraron aplicación para las pinturas pintadas por el pintor emigrado a Sudamérica por la razón que fuera, unos lienzos gigantes en los que pintó siempre únicamente su imagen muy personal de Jesucristo, en calidad de, así llamados, toldos de carro, para lo que, como puede imaginarse, se prestaban admirablemente. Por su-

puesto, esos lienzos, en calidad de toldos de carro, sólo eran fijados por los campesinos a sus carros con Cristo hacia *dentro*.

Doble

Un hombre de Trebinje, que realmente tenía un parecido extraordinario con el Presidente de Yugoslavia, ofreció a la Cancillería de Estado de Belgrado ponerse a su disposición para tareas especialmente fatigosas del Presidente de Yugoslavia, no sin hacer una relación exacta de las tareas que, según creía, podría realizar sin más en lugar del Presidente y para las que el Presidente actual, sin embargo, le parecía ya demasiado débil. Sería para él un honor, dijo, asumir en lugar del Presidente de la llamada República Popular de Yugoslavia aquellas tareas que el Presidente no tuviera que realizar sin falta personalmente, y no pedía nada por los servicios que ofrecía. Como el hombre que hizo ese ofrecimiento a Belgrado, hace ya tres años, ha desaparecido desde entonces hasta hoy, mucha gente cree, no sólo en Trebinje y sus alrededores, sino, entretanto, en toda Yugoslavia, que hace mucho tiempo que ha empezado a prestar sus servicios en la capital yugoslava. Las personas que expresan su sospecha son tachadas de difamadores. Los que pretenden saber que ese hombre ha sido metido en la cárcel o internado en un manicomio o liquidado hace tiempo son tachados igualmente de difamadores. En consecuencia, todos los yugoslavos son difamadores.

Suerte

Cuando los poderosos, en sus Estados, se vuelven demasiado poderosos y, por la larga duración de su poder, se han apropiado no sólo de todas las riquezas del pueblo, sino también en toda la riqueza intelectual de sus Estados, todavía se siguen asombrando muchas gentes en muchos Estados de que, aquí y allá, de la noche a la mañana y, como es natural, muy a menudo de la forma más cruel, se mate a los poderosos y reine la anarquía. Podemos decir que hemos tenido suerte, me dijo aquel profesor de aquel Estado del que había podido huir y en el que, la semana anterior, habían matado al Primer Ministro. Sin embargo, cuando el profesor volvió a su país, fue detenido inmediatamente en la frontera y metido en la cárcel, aunque, entretanto, había subido al poder un nuevo Primer Ministro, enemigo mortal del asesinado.

Historia de Estado

Un jefe de Estado de la Europa central, en donde los jefes de Estado tienen que temer hoy a cada instante por su vida, y con razón, reveló a su confidente un plan, elaborado por él en cientos de noches de insomnio, que permitiría a ese jefe de Estado, de la noche a la mañana, abandonar a su suerte al Estado que él, como todos los jefes de Estado de la Europa central a los suyos, había llevado de forma consecutiva, como es natural, a su completa ruina, llevándose una fortuna tan grande que le aseguraría en un país extranjero, idealmente apropiado para ello, una vida por larga y segura y lujosa que fuera. Tenía la intención de realizar su plan en un plazo brevísimo, dijo, pero era necesario que su confidente guardase completo silencio al respecto. El confidente, que disfrutaba ya desde hacía años de la confianza del jefe de Estado, le prometió al jefe de Estado su silencio, y el jefe de Estado, por su parte, prometió al confidente una fortuna tan grande que permitiría al confidente, lo mismo que él, el jefe de Estado, después de una fuga con éxito, vivir hasta el fin de sus días sin preocupaciones y realmente de forma lujosa. No habían pasado dos minutos desde que el jefe de Estado y su confidente se habían puesto de acuerdo, cuando el confidente simplificó todo el asunto y, me-

dianite un tiro en la nuca bien disparado, mató al jefe de Estado y se proclamó a sí mismo jefe de Estado. Al instante, liquidó a todos los seguidores de su predecesor y modelo, y convirtió en confidente al que había matado a más seguidores de su predecesor y modelo. Como ahora conocía ya el arquetipo de las historias de Estado, sólo esperó, como es natural, la ocasión más propicia para deshacerse de ese confidente, antes de que él pudiera liquidarlo. Sin embargo, actuó con demasiada lentitud.

Consecuencia

Al término de una polémica filosófica, que atormentó a dos profesores de Graz durante decenios y que no sólo los llevó a la ruina a ellos, sino también a sus familias y que, como le dijeron al parecer un día, clarívidentemente, a un tercer colega, como todas las polémicas filosóficas no conducía a nada, y que finalmente, y como es natural también a ese colega al que, con el tiempo, habían arrastrado también a su polémica, los empujó a la ruina y realmente a la locura, los dos profesores de Graz, después de haber invitado rutinariamente, por así decirlo, a su tercer colega y adversario a la casa que habían alquilado conjuntamente nada más que para su polémica filosófica, hicieron saltar esa casa por los aires. En la dinamita necesaria para ello gastaron lo que les quedaba de su fortuna. Como, en el momento de la explosión, también las familias de los tres profesores se encontraban completas en la casa, hicieron saltar también a sus familias por los aires. Los parientes supervivientes de uno de los tres profesores y adversarios, para los que su polémica filosófica de decenios había resultado fatal, como demostraron por sí mismos, consideraron al principio la interposición de una demanda contra el Estado, porque estimaban que era la bancarrota moral e intelectual del Estado la que ha-

bía empujado a los tres hombres a la muerte, pero sin embargo no interpusieron esa demanda porque comprendieron la falta de sentido de una demanda así.

Cerca de Suldén

Cerca de Suldén, en un hostel apartado al que, hace años, me retiré varias semanas, para ver a tan pocas personas como pudiera y tener contacto únicamente con lo más imprescindible, para lo que la comarca de Suldén se presta más que ninguna, sobre todo en atención a mis pulmones enfermos había ido al aislamiento de Suldén, que conocía de antes, el único huésped además de mí, cierto señor Natter de Innsbruck, que pretendía haber sido en otro tiempo rector de la Universidad de Innsbruck pero, por un asunto calumnioso, haber sido expulsado de su cargo y, realmente, metido incluso en la cárcel, aunque pronto se puso en claro su inocencia, me contaba cada día lo que había soñado la noche anterior. Entre otras cosas, que iba a cientos de oficinas del Tirol para obtener autorización a fin de abrir la tumba de su padre, lo que, sin embargo, le negaban, y que entonces él mismo intentaba abrir la tumba de su padre, lo que, finalmente, tras horas de esforzarse de la forma más penosa con una pala, conseguía. Quería ver a su padre una vez más. Sin embargo, me dijo, cuando abrió el ataúd y quitaba realmente la tapa, en el ataúd no estaba su padre, sino un cerdo muerto. Como siempre, Natter quiso saber también en ese caso qué significaba su sueño.

Perast

En Perast hablamos con muchas personas, de las que queríamos saber a quién habían pertenecido los palacios y otras casas ya casi totalmente derruidos, porque no habíamos leído nada al respecto. Sin embargo, las personas a las que hablábamos se limitaban a reírse de nuestras preguntas, y se daban la vuelta y huían. Unos kilómetros más lejos, en Risan, nos dijeron que en Perast no había ya ninguna persona normal, la ciudad entera había sido abandonada a un número bastante grande de locos que podían hacer allí lo que quisieran y a los que sólo una vez por semana facilitaba víveres el Estado.

Locura

En Lend dejaron cesante a un cartero, que durante años no repartió todas las cartas de las que sospechaba noticias tristes ni, como es natural, todas las esquelas que recibía, sino que las quemaba en su casa. Finalmente, el Correo hizo que lo internaran en el manicomio de Schernberg, donde, con uniforme de cartero, va de un lado a otro repartiendo continuamente cartas, que echa en un buzón colocado expresamente para ello por la administración del manicomio en uno de los muros del manicomio, y que están dirigidas a los demás pacientes. Inmediatamente después de ser internado en el manicomio de Schernberg, el cartero pidió su uniforme de cartero, según se dice, *para no tener que volverse loco*.

Cuidado

Un empleado de correos acusado del asesinato de una mujer embarazada declaró ante el tribunal que no sabía por qué había matado a la embarazada, pero que había matado a su víctima *tan cuidadosamente como había podido*. A todas las preguntas del presidente del tribunal respondió siempre, únicamente, con la palabra *cuidadosamente*, después de lo cual se sobreescribió el procedimiento contra él.

En Roma

En un hospital romano ha muerto la poetisa más inteligente e importante que nuestro país ha producido en este siglo, de resultas de las escaladuras y quemaduras que, al parecer, se causó en la bañera, según comprobaron las autoridades. Yo hice viajes con ella y, en esos viajes, compartí muchas de sus opiniones filosóficas, y también sus opiniones sobre la marcha del mundo y el curso de la Historia, que la espantaron durante toda su vida. Muchos intentos por su parte para volver a su patria austríaca fracasaron, una y otra vez, por la desvergüenza de sus rivales femeninas y la vulgaridad de las autoridades vienesas. La noticia de su muerte me recordó que fue mi primer huésped en mi casa, todavía totalmente vacía. Estuvo siempre huyendo y vio siempre en los hombres lo que realmente son, una masa obtusa, vulgar y despiadada, con la que, realmente, sólo es posible romper. Como yo, descubrió ya muy pronto la entrada del infierno, y penetró en ese infierno, aun a riesgo de perecer muy pronto en ese infierno. Las gentes especulan sobre si su muerte fue sólo un accidente o realmente un suicidio. Quienes creen en el suicidio de la poetisa dicen una y otra vez que se quebró por sí misma, cuando en verdad, como es natural, se quebró sólo por su entorno y, en el fondo, por la vileza de su patria, que la persiguió de cerca en el extranjero, como a tantos otros.

Sustraidos

En los últimos meses se han matado tres antiguos compañeros de estudios, que fueron mis amigos y me acompañaron casi toda la vida con su arte y que, realmente, hicieron posible incluso mi propia existencia. Ahora se ha hecho de pronto el vacío a mi alrededor. El músico se mató (de un tiro) porque los hombres no tenían oído para su arte. El pintor se mató (ahorcado) porque los hombres no tenían ojos para su arte. El naturalista, con el que fui ya a la escuela primaria, se mató (envenenado) porque, en su opinión, los hombres no tenían ninguna cabeza para su ciencia. Los tres tuvieron que sustraerse a la vida por desesperación, al ver que el mundo no tenía órganos de percepción ni capacidad de percepción que correspondieran a ellos y sus artes y sus ciencias.

Como Robert Schumann

Como motivo del suicidio de su hermano, un médico de Wels, con el que en otro tiempo fui a la escuela primaria y que se vio alejado cada vez más por la medicina de sus aptitudes intelectuales y artísticas, siendo absorbido por su profesión, como especulación total con el cuerpo humano, me dio el que ese hermano, durante toda su vida, sufrió por haber encontrado a una compositora y pianista de concierto, como decía él, sumamente dotada, la cual poco a poco, reprimió primero y luego, realmente, suprimió el talento de él, que al parecer era extraordinario, con el suyo, lo que me recuerda al infeliz y genial Robert Schumann.

Admiración

Nuestra admiración por un escritor al que, durante toda la vida, no nos habíamos atrevido a acercarnos estaba indudablemente en su punto más alto cuando, habiéndonos alojado en el mismo hotel en el que vivía hacía ya tiempo el escritor que admirábamos, y por mediación de un amigo, conocimos un día en la terraza del hotel al que reverenciábamos. No recordamos ningún ejemplo mejor del hecho de que una aproximación no significa en realidad más que alejamiento. Después de ese primer encuentro, cuanto más nos acercábamos a nuestro escritor, tanto más y con la misma intensidad nos alejábamos de él, en la misma medida en que penetrábamos en su personalidad nos alejábamos de su obra, cada palabra que pronunciaba en nuestra presencia y cada pensamiento que pensaba en nuestra presencia nos alejaba de su obra en esa misma palabra y en ese mismo pensamiento. Finalmente, nos hizo horrible y nos destruyó y deshizo y arrebató esa obra. Cuando dejamos el hotel, de lo que nos alegramos ya sólo por el hecho de que ahora podríamos estar sin ese escritor, tuvimos la impresión de que, para nosotros, el escritor y su personalidad estaban tan acabados para siempre como su obra. El autor de aquellos cientos de pensamientos e ideas e intuiciones, al que durante dece-

nios servimos con nuestra razón y al que fuimos fieles en nuestro afecto, al no rehusar nuestro trato, sino, finalmente, buscarlo en contra de nuestro deseo, nos había aniquilado su obra. Cuando, en lo sucesivo, oíamos su nombre, sentíamos un movimiento de repulsión.

Genio

En Viena, donde la desconsideración y la vergüenza hacia los pensadores y hacia los artistas han sido siempre máximas y que, sin duda, puede calificarse del mayor cementerio de fantasías y de ideas, y en la que han degenerado y decaído y sido aniquilados mil veces más genios de los que realmente han salido a la luz y llegado a la fama y a la fama mundial en Viena, se encontró muerto en un hotel del centro de la ciudad a un hombre que, con mente totalmente lúcida, escribió en una nota las verdaderas causas de su muerte y sujetó la nota a su chaqueta. Durante decenios, escribió, había perseguido una idea, y realmente había podido realizar y llevar a su término esa idea suya, como es natural una idea filosófica, en una gran obra, y finalmente todas sus fuerzas habían sido devoradas por esa idea. Sin embargo, el reconocimiento que esperaba no se había producido. Aunque, finalmente, había *mendigado* ese reconocimiento, le había sido negado por las instancias y las personas competentes para ello. De nada había servido que demostrara la inmensidad de su obra. No sólo la envidia de sus colegas, sino toda la atmósfera enemiga del espíritu de esa ciudad lo empujaba a la muerte, su aturrida falta de humanidad. Sin embargo, como no quería renegar de su carácter,

había quemado su obra antes de suicidarse, había quemado y, realmente, reducido otra vez a la nada en pocos minutos la obra de su vida, después de haber necesitado decenios para que surgiera, y no había querido dejarla a una posteridad que en ningún caso la merecía. La espantosa idea de que él, lo mismo que otros muchos como él, sólo después de su muerte sería reconocido y por consiguiente explotado y famoso, le hizo aniquilar sus logros que, realmente, había que valorar mucho más alto que todo lo pensado y escrito en esa esfera. La ciudad de Viena, así escribía en su nota para terminar, vive desde que existe de las obras de sus suicidas geniales, y él no quería ser un eslabón más de esa cadena de genios.

Noviecintas noventa y ocho veces

No hace mucho se ha sabido que un estudiante de bachillerato se derrumbó en el llamado puente de Floridsdorf, después de haber atravesado unas mil veces, de un lado a otro, ese puente de Floridsdorf. Declaró que, en el camino del instituto, fue acometido por un repentino y, como al parecer lo llamó, *inhumano miedo al instituto*, que no lo dejó ya salir del puente en el que había entrado y lo hizo recorrer ese puente de un lado a otro unas mil veces. Para distraerse de su miedo, se puso a contar los pasos que daba en sus idas y venidas por el puente de Floridsdorf, pero finalmente renunció a esa distracción, porque era superior a sus fuerzas. Sin embargo, por lo menos pudo *contar y anotar mentalmente* cuántas veces había recorrido el puente de Floridsdorf en un sentido y cuántas en el otro. Exacatamente noviecintas noventa y ocho. Sus padres recogieron al agotado muchacho de dieciséis años, al que unos agentes habían llevado a un puesto de policía de la llamada *Punta de Floridsdorf*. Lo que será de él no se sabe.

De regreso

Cuando los periódicos hablan siquiera en este país de algún artista destacado, incluso de importancia mundial y de fama mundial, originario de este país, siempre hablan sólo de *cierto* artista, porque de ese modo pueden causarle un daño mucho mayor en su patria que si escribieran en seguida, real y verdaderamente, lo que piensan de ese artista, al cual, por que procede de su país y pertenece a su generación, que no ha producido tantas cosas que valgan la pena, odian más que a nada y persiguen con su odio hasta el fin de sus días. No le perdonan que un día renunciara a ellos por su arte y por su ciencia y que, con su obra incesantemente perseguida, demuestre continuamente su propia grandeza y la nulidad de ellos. Cuando no pueden hacer otra cosa, porque el mundo entero escribe sobre ese, en su opinión, vil renegado, escriben también ellos, pero, escriban lo que escriban, arrastran por el fango al que toda su vida han perseguido. No se dan cuenta de que, con ello, se hundan cada vez más profundamente en ese fango ellos mismos. Con su envidia y con su odio ahuyentaron a mi amigo hasta Newcastle, en Australia, en donde se sacrificó totalmente por su ciencia. Cuando hace años, atormentado por la nostalgia, me anunció que iba a dejar Newcastle y a volver a su patria, le

previne por telégrafo inmediatamente contra ese regreso a su patria, y le advertí de que esa patria suya no era en realidad más que un infierno vil en el que ininterrumpidamente se calumnia al espíritu y se aniquila la ciencia y el arte, y de que su regreso significaría su fin. No siguió mi consejo. Es un hombre enfermo de muerte, del que, desde hace ya años, el manicomio *Am Steinhof* es la morada apropiada y, al mismo tiempo, horrible.